

EL LUGAR DEL PSICOANÁLISIS EN LA ACTUALIDAD

Por: Joel Otero Álvarez

Ensayo (2013)

PALABRA CLAVE: Psicoanálisis

RESUMEN: Se trata de la localización de los impedimentos teóricos que impiden al Psicoanálisis en la actualidad responder por las demandas que se imponen en el modelo social contemporáneo. Ilustrando con temas concretos se ubican fallas decisivas en Freud que no fueron corregidas ni, menos aún, superadas. El creciente déficit a nivel teórico se ha buscado compensarlo con un desborde a nivel de lo aplicativo.

INDICE

	Pag.
PRIMERA PARTE	
(Incurción retrospectiva)	
Introducción	3
1. PRIMER TEXTO.	
1.1 Edipo y lo edípico	5
1.2 La maldición	7
1.3 El asunto Yocasta	10
2. SEGUNDO TEXTO	
2.1 “María en la transferencia”	15
3. TERCER TEXTO	
3.1 “El gato negro” de Poe	24
4. CUARTO TEXTO	
(VERSIÓN PROSPECTIVA)	
Introducción	30
4.1 A propósito de un tema álgido: la homosexualidad	31
4.2 Una versión estética de lo homoerótico	33
5. QUINTO TEXTO	41
A PROPÓSITO DEL SUICIDIO	
5.1 “La mansa”	41
6. A MANERA DE CONCLUSIÓN	
6.1 La tarea imposible	48
7. CODA	51
BIBLIOGRAFIA BÁSICA	59

PRIMERA PARTE

(INCURSIÓN RETROSPECTIVA)

Introducción

UNO. Preceden a esta nueva visita a Manizales, un texto sobre drogadicción, otro que se denominó “Darwin y Freud”, y un tercero apelado “Aristóteles y Van Gogh, ¿una pareja imposible?”, los dos últimos publicado en la Biblioteca Digital de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Existen, al lado de estos escritos algunos libros donde se ha venido reflexionando a propósito de lo psíquico en sus modalidades actuales, y aunque resulta innegable la procedencia desde el Psicoanálisis de las primeras escrituras generadas en tal sentido, resulta difícil afirmar si sus contenidos - miradas las cosas de manera envolvente- siguen siendo efectivamente psicoanalíticos, al menos en el sentido de sentirlos seguros e integrados en esa territorialidad donde hoy en día tales modalidades de apropiación se han consolidado.

Mucho han cambiado las cosas desde que Freud escribiera su “Interpretación de los sueños” y no son tantos los reales aportes teóricos que le han sucedido (excepción hecha, claro está, de la obra inmensa de Lacan).

Intentar sondear los enganches entre un Psicoanálisis -desde que recién ingresaba a este país- hasta la ambigua condición suya en la actualidad habrá de ser la guía que comandará la exploración que ahora se sigue. Si bien no vamos a conseguir plena cobertura se tratará de un indispensable Norte que habrá de guiar estos señalamientos.

DOS. No es por nada que el Psicoanálisis se denominó así, dándole énfasis al método antes que a los contenidos.¹ Pudo haberse auto-apelado “Psicología del Inconsciente” o “Terapéutica de lo basal”, en fin, cualquier denominación de este corte. Pero no. El énfasis es en el *análisis teórico*, y sólo luego tratar a propósito de las implicaciones de ello en los asuntos que corresponden a *lo psíquico*.

¹ Cf. Canguilhem, G. “¿Qué es la Psicología?”. (Traducción Nora Rosenfeld). Fotocopias Internet.

De haberse sostenido en esta posición, el Psicoanálisis no sólo no tendría en la actualidad tal déficit de reales aportantes -al menos a nivel de lo teórico- sino que no se hubiera detenido prácticamente frente al desborde de acontecimientos y despliegues en los cuales sin duda alguna en su momento algo tuvo que ver.

El modelo, en efecto, pareciera reducido a una desbordante aplicación de viejos resultados, mientras que al parecer no hay quien responda por los nuevos fenómenos que lo psíquico ilustra y lo social refuerza de modo incontenible.

O sea que en el momento presente el Psicoanálisis, si bien no se puede afirmar que consiste en un modelo agotado y en franca extinción -ni mucho menos- lo cierto es que frente a él sólo pareciera resultar factible la reposición relativamente inalterada del aporte intocable de “los maestros”, como si se tratara de reforzar la masiva tendencia del rebaño sumiso y sin recursos autonómicos suficientes para emprender los retos, los abordajes, y por sobre todo, los virajes que el momento demanda.

En cambio, seguir implementando el método empleado por Freud y por Lacan para dar cuenta de tanto fenómeno nuevo y de los desbordes, ellos sí indetenibles, de las renovadas emergencias de lo psico-patógeno, resulta ajeno e indiferente a la multiplicidad creciente de sus seguidores.

TRES. No se va a alcanzar sin embargo más que a ofrecer aquí -ante todo por razones de tiempo- algunas muestras de las implicaciones de este último proceder, seguramente para muchos inaceptable e impopular.

Será más que probable (dada la tendencia inocultable de apostar por la comodidad del “principio del placer”, antes que dar respuesta a urgencias determinantes en la actualidad, las cuales demandan la retoma de un renovado “principio de realidad”) que habrá de parecer pretenciosa y salida de tono la oferta de retoma de la ruta que apuesta por la recuperación de lo procedimental, al tiempo marginando los lugares comunes a los cuales las verdades de a puño del Psicoanálisis inaugural han derivado de tanto gastarlas y retomarlas, sin sumar la urgencia indispensable de un permanente plus.

Oferta pues, que si bien se la ve, es la única pertinente y consecuente en cuanto favorecería las aspiraciones mismas -para nada religiosas ni misionales- de quienes generaran esta concepción y al porvenir de la obra²

² Y es que un asunto es el trabajo personal de quien realiza indudables, indispensables aportes, y otra cuestión muy diversa, la resultante que se genera a título de obra que todos apelmazan y expropian, generándose dos realidades diferentes engañosamente sostenidas y divulgadas sin apelación como sostenida, indiscutida unidad.

resultante de allí, en cambio del riesgo de caer en un parasitismo inocultable, presente hoy en esa colectividad -en gran parte improductiva y jerarquizada, a la espera de las líneas y guías de “los comandos superiores” que han pasado a suplir la abierta y desprevenida génesis de saber. No habrá de resultar extraño que desde ahí se brinque del lado de la creciente tendencia que lleva al tiempo a la sumisa asunción del agotado modelo teórico, y en cambio, a la interesada extracción de beneficios generados por una vergonzosa explotación aplicativa.

CUATRO. Para armar esta Primera Parte se han elegido tres momentos que permiten una selección previa de asuntos, tan amplios y diversos que tornan difícil cualquier inicial ubicación de la problemática en cuestión.

En primer lugar, la retoma del tema de Edipo y de sus adelgazadas derivaciones actuales, preguntando por las razones que han conducido, desde un sólido soporte (brindado por la exploración de lo mítico más ancestral) a una borrada de ello, favorecida sin duda por las tendencias racionalistas que caracterizan los asuntos humano-tecnológicos en la actualidad.

Luego, se trata de la retoma en retrospectiva de las primeras emergencias de una escritura que se ha venido sosteniendo desde ese primer momento en el cual se produjo -como tesis de grado- un primer trabajo con énfasis psicoanalítico, el cual rastreaba un cuento de Poe (“El gato negro”).

Se incluye antes de ello -invirtiendo el orden cronológico para bien de la mirada prospectiva- el abordaje de un texto, también propio (“María” en la transferencia”) que versa sobre la novela de Jorge Isaacs, escrito este que fuera publicado hace de ello más de veinte años (la tarea entonces consistía en responder con una investigación frente al beneficio que permitía la concesión del Año Sabático).

Tanta antigüedad ojalá no sea motivo de demérito, y que delate en cambio la constancia y persistencia de un armado que ha terminado con el tiempo por consolidarse como una marginal, acaso extraña, pero no menos sólida construcción, la cual comenzara apelándose Clínica de lo Social.

1. PRIMER TEXTO

1.1 Edipo y lo edípico

UNO. Cuando fui de nuevo amablemente invitado aquí por el Maestro Guillermo Rendón a hablar de Psicoanálisis, venía leyendo un libro de Jean-Pierre Vernant, “El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos”, el cual me ha implicado más de una sorpresa.

La verdad, espontáneamente no se deja nunca de pensar de manera empírica. Reconocer a Edipo como un eslabón más en la cadena ininterrumpida de mitos, y no como si fuera alguien histórico, con una vida personal indiscutible, fue una de las cosas que me llevó a mirar algunos asuntos de un modo diverso de como siempre lo hiciera.

El primer asunto que sale a relucir es que siendo un mito Edipo viene precedido por otros mitos que dan sentido y significación a las experiencias que tan trágicamente le decidieron, y con él, al reto de sus semejantes.

En realidad -tal cual acontece con Homero- a estas alturas resulta igualmente difícil decidir si Edipo existió sin discusión que afirmar que es mera ficción. Pero cualquier cosa que sea -incluso mantenerse en la duda constante, en tanto que el asunto permanece irremediablemente irresuelto- decidirá de modo muy diverso los distintos asuntos que a partir de allí se comprometen con ese núcleo principal.

DOS. Freud no se pronunció nunca al respecto ni se decidió a reconocer en consecuencia si Edipo era persona real o mero personaje. Pero, en cualquier caso, la incidencia de esta distinción en el tema humano -tanto en particular como a nivel de conjunto- no queda definido ni explicado.

Como fuere, la impronta que consolida pilar de Cultura determina que la doble prohibición del incesto y el parricidio (ambos, como es bien sabido, realizados por Edipo) resulte inapelable.

Incluso, que nazcan todo con Edipo es asunto que fácilmente se podría cuestionar. De otro modo ¿cómo entender que surgiera la culpa, la cual obligara a Edipo a pincharse los ojos? Por ello las cosas tendrán que retroceder en el tiempo, derivando sin más al mito freudiano del parricidio originario donde -entonces sí- lo edípico en realidad se fundaría (con lo cual hasta Edipo resulta ser edípico, y el origen de la armazón cultural reposición del accionar del evasivo y escabroso personaje en cuestión).

TRES. Visto todo de esa manera, Edipo es efecto, consecuencia repuesta de una involucencia previa y de antemano constituyente. Sólo que en el interregno se escapan inclusiones que de no haber sido por ello, le hubieran implicado a Freud otras interpretaciones.

¿Cuáles son esas cuestiones tan decisivas?

Pareciera que Freud hubiera en principio tomado la referencia griega -o que al menos le hubiera dado a esta versión una importancia prioritaria- a partir del texto de Sófocles, lo cual le habría conducido a abstraer al personaje Edipo del decisivo contexto familiar precedente donde le ubica la mítica griega. Sería desmedido atribuir a Freud la cancelación de esa franja que le hubiera implicado pensar la Cultura como algo más complejo en la base, desde que le imponía incluir al lado del incesto y del parricidio, la trilogía engorrosa que reúne la clave alcoholista, con la homosexualidad -del Layo generador- y con el decisivo suicidio -de Crisipo-. Pero, sin duda, el asunto tendría que haber sido entonces más que diverso y complejo de cuanto el modelo psicoanalítico en cambio consolidara.

Como fuere, visto todo a la luz de esa condición familiar -que marca al menos a tres generaciones- Edipo padece la marca contundente de una maldición, que sin saberse muy bien cómo opera y decide del modo más arbitrario la existencia de los seres a los cuales ella ciegamente califica.

La decisiva marca de esa maldición que subtiende y antecede en el devenir de los acontecimientos vividos por Edipo, se incluye apenas como consecuencia de escuetos acontecimientos transgresores y contundentes (incesto y parricidio). Peor aún: la maldición se generaliza -con tanta mayor arbitrariedad- a la comunidad humana toda.

Tampoco Freud se expande en la averiguación por los entronques de lo anterior con el desplome del politeísmo y las consecuencias de ello en el gobierno de los asuntos humanos (lo cual, por lo menos, comporta la presencia de un espacio de sombra donde los dioses- ya sin hacerse visibles- tampoco se sabe hasta dónde siguen actuando del mismo modo, modifican su proceder, o le dejan definitivamente abandonado todo.

CUATRO. Si se objetara, que ya incesto y parricidio venían siendo tajantemente pugnados, y que el problema de Edipo se generaba precisamente por haber ejecutado ambas acciones -las más inadmisibles e inauditas- habría de señalarse que ello, siendo cierto, pone además en evidencia la permisibilidad que en cambio tenían los dioses en cuanto hace a realizaciones de ese corte.

Es bien sabido que lo más prohibido para los humanos, en efecto los dioses lo actuaban sin censura ni repudio alguno. Y se debiera sumar entonces que la prohibición -reforzada y masificada- no sólo se imponía redefinirla a los humanos (dueños de sus destinos, ahora que los dioses se alejaban definitivamente) sino que daba a Edipo un lugar de competencia frente a lo divino que se incluía tanto más en la urgencia de un reforzamiento punitivo, en cuanto interior a la humana demarcación legal.

Igualado a los dioses, como efecto de actos impremeditados y para nada intencionales, Edipo debía descender hasta el máximo repudio, que le colocaba al otro extremo a título de real despojo.

1.2 La maldición

UNO. ¿En qué consiste la maldición?

Los labdácidas son los descendientes de Lábdaco, desde Layo hasta los hijos de Edipo (Etéocles, Polinice, Antígona e Ismena). Todos -por causa del accionar de Layo- han sido maldecidos por Pélope, padre de Crisipo, joven al cual Layo ha violado y quien, no pudiendo soportar la vergüenza, termina suicidándose.

La cuestión es por qué la maldición -por sobre toda situación- se cumple, independientemente de la ignorancia que al respecto se tenga y de la responsabilidad que a cada quien implique. De hecho a Edipo, al nacer -conocedores de la profecía que anuncia que Layo morirá a manos de su propio hijo- sus padres lo condenan a una muerte temprana.

Edipo sin embargo sobrevive y es criado por Polibo y su mujer. Paradójicamente, huyendo de la ejecutoria del parricidio anunciado, Edipo termina dando cuenta de su padre real -por supuesto sin saberlo, dado que cree que su padre es su padrastro- y desposando a su madre con la cual abundará en descendencia

Edipo paga así entonces por el atentado cometido por su padre (y al tiempo está supliendo a Crisipo como su vengador inesperado).

DOS. Sería erróneo pretender que allí nace la justicia humana, obligatoriamente asumida luego del desplome de los dioses. De esta asunción sólo es posible la referencia mítica. Se sabe sí que coincide con el despliegue de la Polis, de la Filosofía, de la Tragedia Griega -excepcional emergencia artística, que durará un siglo y que nunca será igualada ni repuesta- y el reconocimiento de la Psique, en cuanto entidad objetivamente dada a pesar de intangible, etc.

De un modo u otro, la historia de Edipo ilustra el paso que impone dejar a terceros la decisión de hacer justicia sin tomarla como asunto escuetamente propio, o en cambio como cuestión que debiera ser decidida directamente por los dioses. En la mitad, entre ello y el Derecho constituido, se da ese curioso modelo donde el asunto de la Ley resulta tan secreto como ajeno, tan operante

como imprevisible. En algún nivel se le apelará a este registro, Destino (aunque se asuma como dado y francamente inexplicado en primera y en última instancia).

Pero, entre los dioses del politeísmo y el Dios del monoteísmo ¿qué acontece? ¿Desaparecen los dioses, definitivamente refutados y considerados mera invención mágica de los más primordiales de los humanos? ¿Siguen los dioses operando, sólo que se retiran prudentemente, obligando a los humanos a resolver sus asuntos con recursos propios que permitan administrarlos a partir de su específico y aislado despliegue? O en cambio ¿se resuelve todo (politeísmo y monoteísmo) en una misma urgencia de creencia que impone a los humanos taponar el origen -en realidad inalcanzable e indescifrable-, urgidos de llenarlo con suplementos que generen un mínimo de estabilización y sosiego, tanto individual como colectivamente?

TRES. Como fuere, el mandato que ejercieran los dioses al abandonar éstos a los humanos, ha pasado a posarse en los fondos secretos de Oráculos (siendo el de Delfos, el ms importante y conocido) desde donde emerge sinuoso y repleto de rodeos y camuflajes (además, operará sólo en cuanto adecuadamente se le demande, partiendo de rituales diversos y atendiendo a especificidades mediadoras de muy restringida inclusión).

Pero no por ello la vida de los humanos es una existencia libre, tampoco arbitraria, menos aún, caprichosamente auto-gobernada. Su desenvolvimiento está tajantemente previsto y resulta por sobre todo inalterable.

Tampoco es fortuito ese despliegue, si se atiende de manera más vasta a la totalidad de los acontecimientos y a los diversos e inagotables registros en juego. El ordenamiento del caos es innegable, así -se insiste en ello- no se lo pueda ni resolver ni explicar.

¿De dónde parte ahora ello? Al correrse los dioses dejan una evidencia: suplían un hueco inllenable, a partir de ese momento habitado por lo secreto.

CUATRO. Las consecuencias de centrarse en la persona -de hecho, en el personaje- de Edipo, en cambio de reconocerlo como eslabón de una cadena que ni comienza ni termina en él, son indudablemente muy diversas.

La maldición que recae sobre Layo, y luego sobre sus descendientes, no ha sido ejecutada hasta el cruce accidental de Edipo con el desconocido que -sin saberlo- está no sólo matando al tiempo al homosexual violador de Crisipo y a su propio ignorado padre (a la vez, da cuenta de quien -estando él recién nacido- decidiera su temprana eliminación).

El entronque entre Crisipo -de manera simultánea, el suicida y el violado por Layo- y Edipo, resulta también minimizado en la versión freudiana del asunto. Sin embargo, el propio Psicoanálisis no podría ignorar cuánto de problemático se impone cuando ambos asuntos se entrecruzan: anunciado Edipo -se diría- Crisipo con su suicidio no sólo adelanta la ruta inapelable que lleva a Edipo hasta su acción auto-punitiva (extracción de sus ojos) sino que permite hacer saltar la evidencia de la distancia que separa al padre como personaje de la persona del progenitor (quien soporta el lugar donde se apuntala la responsabilidad social de la emergencia de cada quien).

La previa elección homosexual realizada por Layo da al enlace con su hijo una connotación en extremo problemática (tanto más aún, si también se pretendieran montar desde allí contundentes generalizaciones).

Sin embargo, desear al hijo es tan inadmisible que ni siquiera se lo prohíbe (al menos del modo explícito como se hace con el parricidio). Y si se dijera que ello cabe en el registro punible del incesto es evidente que comporta una nueva asunción de este último asunto, en principio imprevisto, o por lo menos de entrada prácticamente ignorado.

CINCO. Como fuera -tal cual en ausencia de los dioses hasta entonces se estilara- Edipo ha hecho justicia por sus propias manos y al mismo tiempo (si se quiere desde entonces) el recurso fundamentalista torna por Ley, inaplicable.

De otra parte, entre la muerte del padre y el acto parricida existe una distancia infranqueable. Podría decirse, que aunque se dé su muerte el padre nunca puede ya morir en la paradójica medida de la prohibición, la cual entroniza a quien nunca desaparecerá pues ha pasado a ser -más allá de personaje y/o de persona- intangible lugar definitorio (ésto a cuanto Lacan reconociera como "Nombre del Padre").

Previo a todo ello Edipo, sólo hasta después de matar a Layo, supo de su padre real (así lo hubiera suplido con el padrastro, el padre para Edipo sólo se realiza en cuanto se le da muerte).

Tampoco desde la perspectiva de Layo se puede decir a ciencia cierta que fuera asesinado por su propio hijo, a pesar de que con su muerte indiscutible resulta ejercido un real parricidio. Sólo la certeza de una verdad oculta, secreta, hará que todo tenga la contundencia de una realidad, la cual será a posteriori que se fije y convalide.

SEIS. Cuanto se diera tergiversado en el presente de un accionar distorsionado (o sea, cuando el futuro se hace presente y lo torna todo, pasado finalmente

descifrado) se impondrá como contundencia de una realidad, signada prioritariamente por eso secreto, salido abruptamente a la luz, que la completa, soporta y ordena de manera inapelable e indiscutible (así sus ataduras más basales resulten tanto más indemostrables).

Como fuera, Edipo -sin pensarlo dos veces- ha matado a un hombre, y ya por ello es un asesino indiscutible. Sólo que podría haber sido asesinado a su vez por ese otro ser, no menos extraño. Es una suerte de duelo mortal el que se libra entonces donde sólo uno podría sobrevivir. Y todo ello ha sido manejado ocultamente y llevado hasta el punto de lo inapelable, apenas para qué la maldición pudiera ser ejecutada del modo más siniestro.

Sólo como licencia mítica torna posible entender todo ello.

1.3 El asunto Yocasta

UNO. Por otra parte, pareciera que la temporalidad no siguiera la ruta habitual cuando se trata de los despliegues míticos. Vista, en efecto, la narración mítica -en cuanto versa sobre Edipo y en cuanto califica a las diversas generaciones de los labdácidas- es allí donde las cosas resultan menos verosímiles. Lo cierto es que ya las luchas por el poder que llevan de Layo hasta Creonte -"hijo de Meneceo"- no hacen fácil acomodar los asuntos estatales con el devenir de lo familiar. Más de un asunto se distorsiona y parece injuntable. Dígase la edad de Yocasta, ajena al inevitable deterioro que genera el paso de los años (lo cual más bien pareciera asignársele a ésta el lugar de una diosa inalterable y ajena a la habitual decadencia de los humanos).

Al final Yocasta se diluye sin ser notada y no se vuelve a hablar más de ella (un poco como acontece con su hija Ismena, de la cual no se tiene noticia tampoco de que haya sido alcanzada por la maldición).

Al ser Layo asesinado en condiciones bastante oscuras, Yocasta no parece hacerse presente de algún modo visible, y acepta en cambio sin réplica alguna el desposamiento con Edipo, al cual se le obliga sin que su voluntad incida en ello mínimamente.

DOS. Con Layo Yocasta tuvo, que se sepa, un único hijo, Edipo -sin duda de forma accidental³ si se tiene en cuenta el reconocido peso de la maldición-, y con éste en cambio se sabe de por lo menos cuatro descendientes (Eteócles, Polinice, Antígona, y la ya mencionada Ismena).

³ Se dice que entonces Layo estaba profundamente ebrio.

Cuando Edipo progresa en pos de la verdad que subtiende en los acontecimientos que generan en su pueblo catástrofes de todo orden, Yocasta no figura ni para bien ni para mal. Y cuando Edipo -al saber la realidad de sus transgresiones- se auto-mutila, es Antígona quien le guía hacia el exilio y no Yocasta.

De hecho, si se compara tal manera de proceder con la de alguien como -por decir algo- Penélope, la compañera de Ulises, se podrá hallar rápida y contundente evidencia de cómo no todas las conductas están tan sobre-determinadas que no sea factible colocar allí la específica manera de ser de cada quien.

Como fuere, Yocasta tendrá que haber sido una mujer madura al reunirse con Edipo, y a ambos al parecer ello les tiene sin cuidado (desde que se trata más bien de un asunto en primer lugar impuesto por razones políticas, dado que en primer lugar consiste todo en llenar el puesto que ha sido dejado vacante, debido a la reciente muerte del rey. Como es más que sabido, Edipo recibe ese dudoso privilegio por haber resuelto el enigma que le planteara la Esfinge (a la cual por lo demás también eliminará).

TRES. Algo de lo divino se camufla en Yocasta, y para entenderlo se deberá retroceder en los antecedentes míticos, incluso los más lejanos. La personalización de fuerzas y de formas que incluye -de una vez por todas- la estética de los dioses (politeísmo) comporta asuntos peculiares como aquel según el cual la femineidad antecede al advenimiento de la mujer.

La femineidad sin embargo no existe en abstracto como pura noción, viene personalizada en forma de diosa (Afrodita, Hera o Atenea) y encarnarla imprime al cuerpo de mujer -heredero directo y tardío de Pandora-⁴ un registro divino que es cuanto suple entonces el enigma de lo bello que la mujer repone (y que permitiera al sofista de marras -Cf. Obras de Platón- afirmar que “lo bello es una mujer bella”).

Asumida esta condición no resta más que reconocer que -más allá de la posible realidad histórica de figuras como Yocasta, Edipo, o Layo- la versión mítica alude y da prioridad a la condición de los personajes, realidad más cercana de la ficción y el sueño, que de la condición inmediata y empírica.

CUATRO. Ya ha sido resaltado aquí que -tratándose de personas o no- el desconocimiento del real parentesco da paso a la consolidación de actos permitidos y por ende propiciados por los dioses duchos en ese tipo de prácticas, y a partir de ahí hasta nuestros días masivamente prohibidos

⁴ Si se cree a la versión de Vernant, sólo entonces emerge la mujer en un mundo hasta entonces apenas poblado por dioses y por hombres.

tajantemente, sin excepciones ni discontinuidades(aunque con inocultables fluctuaciones veleidosas).

La verdad es que es en ese paso hasta la reposición de cuanto estuviera permitido sólo a los dioses (o sea, para el caso específico, la opción de realización del incesto) no sólo estaría por dilucidarse si es la maldición la que abre las exclusas de lo permitido -y luego, de nuevo tanto más tajantemente prohibido- o si es la retirada de los dioses cuanto da lugar al desborde, recuperado del modo más incierto, hasta que los humanos consiguen reordenar la administración de sus propias modalidades de justicia). También sería indispensable pensar, en cuanto de exclusión desde lo mítico ha venido a reducir lo edípico a un estrecho margen apenas significativo.

CINCO. Cuando se trata directamente del asesinato y de la génesis humana de la ley, Freud no vacila en generar su propio mito. En cambio, en tanto se aluda a la sexualidad, Freud ya no se atiene a soportes míticos. Colocará el énfasis entonces en lo clínico (dado que parte en sus análisis de las histerias de conversión donde la represión de lo sexual refulge y domina).

Desde entonces, en la medida en que no se consigue reunir ambos extremos a nivel de los despliegues teóricos y clínicos que se impondrán a partir de allí, casi que se abre la posibilidad de pensar en dos modalidades diversas de lo psicoanalítico, en cuanto atravesado por esa franja de discontinuidad, de deslinde creciente y obligado, entre cuanto fuera pensado de entrada como Eros, y aquello que terminó decidiéndose del lado de la Pulsión de Muerte.

SEIS. El asunto se agrava con la desaparición del padre del Psicoanálisis. Un modelo de aplicación terapéutica, cada vez más rozagante, se contrapone a otro -contenido, atrofiado teóricamente- que deja sin respuestas asuntos, que de todos modos, pasarán a incidir de modo negativo y sintomático en la pragmática modalidad.

Con el paso de los años se observará cómo no sólo la fusión entre ambas destinos, sino la prelación de lo tanático someterá al amor y dará paso a la presencia cada vez más frecuente de desenlaces fatales donde la fascinación erótica pareciera el pretexto para someter a la pareja, imponerle el peso de la apropiación desbordada y hasta creerse el dueño de su vida, retornando de continuo a modalidades bizarras de ajusticiamientos letales de la pareja.

SIETE. Pero las cosas van tanto más lejos aún. No sólo se trata de las opciones desbordantes de Eros, del lado de cuanto se apelara el Goce. Como si existiera un enlace imprevisto entre Eros y Tánatos que diera salida de continuidad a los extremos supuestamente contrapuestos de lo pulsional, el desborde y predominio de cuanto se pensó como mera procedencia animal de

lo agresivo, dispara modalidades masivas de la violencia y del terror. Y las claves de lo pulsional entendido como modificación signada por el imperativo de la Cultura, no bastan ya para dar cuenta de las marcas de un terror progresivamente organizado y masificado a título de terrorismo envolvente e irreversible.

Algo decisivamente ha cambiado y obliga entonces a remontar los supuestos biologists que subtienden detrás de las formulaciones sobre lo pulsional, que no basta cubrir anexando la clave tanática, desde que no se impide resignificar la muerte más allá del destino de acontecimiento eminentemente empírico-individual.

OCHO. Se podría afirmar incluso (hipertrofiando las resultantes actuales del modelo, y sin pretender para nada remontarlo, sosteniendo incluso la escisión erótico-tanática) que el tema del parricidio incide sobre todo en los desarrollos que llevan a ofrecer una versión más cercana a la reflexión ampliada de la Cultura humana y del malestar creciente que le acompaña, lo cual -si bien indudablemente inquietaba a Freud al final de sus días- no alcanzó a permitirle una integración teórica que permitiera a su vez un reajuste de cuanto en un sentido se mantuviera dentro de la estrechez de la intimidad de la consulta, y de eso otro que avanzara en cambio, ampliando su espectro hasta la reflexión de temas-macro (religión, guerra, cultura misma).

Como fuere, la emergencia de nuevas modalidades patógenas -signadas desde registros más demoledores y destructivos- no admite la mera reducción a formatos ya dados, y habrá de ser por ello que ante las irrupciones de problemáticas como las drogadicciones, las bulimias, las anorexias, y las enfermedades médicas, con significativos componentes psíquicos (stress, alteraciones tensionales, síndromes agudos alérgicos como reacción a sustancias químicas tóxicas y/o ante bombardeos radioactivos, enfermedades terminales, etc.) y en referencia con a los múltiples e inusitados despliegues de la tecnología y el terrorismo contemporáneos, resulte ingenuo pretender seguir resolviéndolo todo con los develamientos inaugurales planteados por Freud (aún siendo luego remozados éstos por Lacan).

NUEVE. En un anterior texto nuestro, titulado "Psiquis y Polis", se señalaba que los antiguos griegos, lejos de ser definidos por los deslumbrantes aportes de los filósofos y de los artistas, eran en su gran mayoría comerciantes, si no ajenos a la sensibilidad de las letras y a la predisposición e interés por los asuntos del espíritu sólo en segunda instancia marcados por ello, y en un sentido -que antes que dar paso a la generación masiva de producciones del orden de la Tragedia Griega o de las reflexiones de los presocráticos- desandaba el empeño de los creadores, y a un nivel -siempre por debajo de la

emergencia de un decisivo y sostenido plus- reaccionaban apenas pasiva, sumisamente (cuando no de forma hostil, tal cual lo evidencia el asunto-Sócrates) ante esas marcas imprevistas, y en más de un sentido externas a ellos. De hecho, condiciones primordialmente derivadas e impuestas.

A los psicoanalistas les acontece, de algún modo algo semejante (recalquemos en ello). La impronta de Freud y de Lacan les resulta suficiente para sostenerse en ejecutorias que no les exigen equivalentes niveles de producción, pues parecieran bastarse apenas con el inagotable producto inaugural -congelado e inalterable- generado por los “maestros”.

Quienes comandan ahora esas resultantes han dejado de creer que es el despliegue teórico-descifrativo cuanto debiera dar fuerza sostenida a esa propuesta. Con un criterio selectivo, pedagógico,⁵ que moraliza antes de explicar, y que se limita a hacer crecer la resultante empresarial y multinacional a la cual el modelo innegablemente ha derivado, se limitan al sostenimiento y ampliación indetenible de ello. En forma empirista apegados a la urgencia y a la supuesta eficacia de la terapéutica, como único soporte en el cual fundar su éxito y su perpetuidad ilustran la sintomática envoltura de un modelo atrofiado que ha perdido sus alas. Del lugar crítico donde consolidaba un radical cuestionamiento a los anacronismos defensivos del alma, la propuesta psicoanalítica ha derivado del lado de una modalidad más de consumismo y de mercantilismo capitalista (seguramente no sólo eso, pero eso incluido con toda seguridad).

Salir de esa reclusión y desatar esas cadenas implicaría una reposición similar a la gestión mítico-prometeica, en realidad francamente imposible (salvo algún inesperado aporte, equivalente a un divino plus liberador).

2. SEGUNDO TEXTO

2.1 ““María” en la transferencia”

Como fuera previamente resaltado, a partir de ahora se trata del personal abordaje de la propuesta psicoanalítica freudiana. Dado que entre más

⁵ Alguna vez alguien ligado a Lacan en primer lugar por estrecho parentesco, no tuvo impedimento para decidir –casi que por decreto- que la obra psicoanalítica había concluido y que en consecuencia no restaba más que dedicarse a enseñarla y a divulgarla por el mundo, como un real artículo de fe.

temprana la escritura se delata una deuda mayor en tal sentido, se explorarán aquí dos textos de algún modo inaugurales, comenzando por el menos distante en el tiempo.

UNO. La importancia del aporte freudiano en referencia con Edipo plantea dos logros decisivos. En primer lugar, el haber conseguido demostrar cómo detrás de cada ser humano, de un modo u otro, se retrata Edipo (por ende, supuesta matriz universal). En segunda instancia, lograr evidenciar hasta dónde (más acá de la realidad empírica que de manera indudable decide a los seres humanos) existe una dimensión donde la ficción no es menos determinante y constitutiva.

Cada quien, cuando se aproxima al Psicoanálisis y sobre todo si lo asume como el referente principal de su vida, tendrá una forma muy propia de apropiárselo. Para el caso concreto, se trató de la escritura -y no sólo de la práctica terapéutica, presente también, qué duda cabe, sólo que en función del escribir investigativo prioritario-. Freud escribió sin detención. No sólo de cada paciente suyo extrajo un historial sino que fue ampliando el espectro de sus abordajes hasta terminar ofreciendo una panorámica de lo humano imposible de equiparar desde cualquier posible disciplina que se impusiera similares rastreos.

DOS. A diferencia de las historias clínicas psiquiátricas y médicas, Freud escribía historiales donde el aporte teórico era lo decisivo, y a nivel de estilo resultaban más cercanos a producciones artísticas que a reseñas descriptivas carentes de un núcleo capaz de unificarlas y darles trascendencia más allá de la mera acumulación de datos.

La pulcritud de ese estilo fue incluso reconocida por fuera de los registros disciplinares de ese accionar. Merecedor como fuera del “Premio Goethe”, sobrepasó Freud a quienes realizaban producciones directamente literarias, novelísticas o poéticas.

Lo importante sin embargo de ello es que en esas producciones, versiones sobre personas daba paso a manejos tanto más exigentes -sin afectar la credibilidad de los señalamientos- de aquellos que hacían directa referencias a personajes y a temas de ficción.

Quizá -por pura paradoja- esa fue una de las causas que terminó por generar el desequilibrio a favor de lo clínico, y en detrimento del mero reflexionar, concentrado en lo teórico.

Pero de ello no había que acusar directamente a Freud. Se trató sin duda alguna de algo posterior a la muerte del padre del Psicoanálisis, atribuible a causas más bien relacionadas con sus seguidores que salvo alguna honrada excepción resultaron impedidos para mantener la producción investigativa y creadora que el asunto desbordante exigía.

TRES. Con el primer texto sobre Edipo se ha derivado demasiado pronto a conclusiones, quizá por ello contundentes en extremo. Con el ánimo de decirlo todo de una sola vez, ha quedado tal vez todo pendiente.

En realidad se ha partido de Edipo pero se habría podido aludir a la infancia (sostenida más allá de la niñez), o a los lapsus, el chiste, o a tantos asuntos más, posibles y no menos decisivos, y siempre se hubiera restado corto dada la enorme prolijidad del territorio que el Psicoanálisis cubre.

Es más, apenas fue nombrado el asunto del parricidio -y/o de la sexualidad- pero el recorrido, de allí hasta el despliegue dado en tal sentido por Lacan (y es esta la excepción de la cual se hablara previamente, aunque se sabrá que Lacan oscilaba con respecto a su lugar segundo, y desvió la reflexión a partir de un punto, del lado de la invasora cobertura del Lenguaje, dejando por fuera con ello muchos decisivos planteamientos, indispensables en cambio para Freud)⁶ demandaría un largo rastreo que aquí resultaría imposible adelantar, además de derivar ello innecesario dada la dimensión de escucha que impera en este encuentro con personas formadas en otras disciplinas, con este público no especialista en el tema, aunque altamente interesado en la comprensión de asuntos que a pesar de todo resultan decisivos a los humanos todos sin excepción.

CUATRO. Lo cierto es que asuntos como los sueños, los actos fallidos, o más expresa y ampliamente el propio inconsciente -cuando no la Metapsicología, o los escritos sobre arte- podrían haber obligado a recorridos tanto más diversos y variados (sin embargo las conclusiones que por todo ello han resultado francamente precipitadas no pierden validez sin embargo ni cosa semejante).

Pero no se trata apenas de cuanto atañe a nivel interno a una propuesta específica como resulta ser el Psicoanálisis. Por cualquiera de esas rutas se impondrá reconocer primero que la escisión en el Psicoanálisis contemporáneo entre lo teórico y lo aplicativo no sólo resulta inevitable sino que el desequilibrio habrá de crecer allí sin atenuantes, sin que al parecer exista alternativa alguna

⁶ Sería grosero reducir el aporte lacaniano a estas escasas letras, qué duda cabe.

que pueda detener semejantes derivaciones. De hecho se viene reponiendo esa condición de avalancha indetenible a todos los niveles de una envolvente realidad que retrata un cambio tajante, radical, que además de dejar rezagado cualquier bien intencionado intento correctivo, torna pueril la determinación aislada de quien o de quienes no consiguen darse cuenta que ya nada volverá a ser como antes fuera.

CINCO. Más ¿qué? ¿En que se queda entonces? ¿Son o no responsables los psicoanalistas de cuanto está aconteciéndole al Psicoanálisis? Por pura paradoja -y de ello una vez más- el modelo ha terminado dando la vuelta, y quien desee ignorarlo no conseguirá escapar a ese nuevo destino que hace de todo, síntoma (tanto más incluso de cuanto olímpicamente pretendiera resolverlo haciendo caso omiso de ello). Como frente a Penteo, un dios oscuro y linderal le ha dado la vuelta al modelo y habrá de ser por ello que se impone la urgencia de una Clínica de la Clínica, donde tantos impedimentos y semejantes contradicciones encuentren de algún modo una medida y una opción de desciframiento.

Puede ser que el asunto humano actual remonte de manera inocultable las opciones de una propuesta como la psicoanalítica. Se trata apenas de mostrar al margen de ello que se puede retomar al menos una manera de ver, un modo de abordar que recupere en lo posible el equilibrio perdido.

Se trata de reconocer la diferencia entre leer o escribir imponiéndose la necesidad de dar paso a un plus, siguiendo la ruta de la ejecutoria de un método, de un procedimiento -y en lo posible- remozando conceptos o colocándoles al margen incluso, si fuera ello factible y conveniente.

SEIS. Veámoslo un poco en referencia con la específica noción de transferencia.

En el escrito sobre la “María” de Isaacs se nombra la transferencia, en principio motor (en Psicoanálisis) del proceso terapéutico. En la relación entre paciente y terapeuta la transferencia nombra el vínculo que ahí se crea y que reducido a la exploración de su presencia en el primero (el paciente) permite la indagación de su inconsciente.

Derivado del vínculo hipnótico (que en un estado de sueño inducido comporta el sometimiento casi absoluto a la orden del hipnotizador) el vínculo transferencial se entiende en varias formas, la mayoría de las veces confundiéndolo con cuanto en realidad parece más propio de la relación entre personas (también incluidas, desde sus simultáneos lugares de paciente y terapeuta -enamoramientos y enlaces afectivos diversos-) que del vínculo propiamente dicho.

El vínculo es el gancho que impone y decide la investigación del inconsciente - que es de cuanto de hecho se trata- y las personas entonces afectadas por ello, si no restan definitivamente al margen lo cierto es que se ven reducidas a la lógica que determina un abordaje de ese corte.

Si incluso se diera enamoramiento -o mil asuntos más, posibles a nivel de cualquier relación humana- es bien sabido que todo ello tendría que ser observado y decidido como efecto ya de la indagación en cuestión (como resistencia al proceso propiamente tal, como oposición a la emergencia de determinados materiales directamente procedentes del inconsciente). Pero ello no respondería por la transferencia en tanto tal.

SIETE. El Psicoanálisis no se permite un uso diverso de la noción de transferencia al puramente terapéutico, a pesar de que otras disciplinas la emplean a su modo y acaso lo hicieran mucho antes de que el Psicoanálisis la apropiara como suya (Economía por ejemplo).

Usar el concepto de transferencia para un abordaje, no sólo externo a la circunstancia terapéutica en sí, sino -por decir algo- referido al análisis de una obra de arte, es algo sin embargo tan posible como fructífero. No sólo altera la oferta psicoanalítica -en el sentido en que al menos se incluye la transferencia -⁷ sino que lo hace también a nivel de la habitual forma de enfrentar el análisis crítico de las obras artísticas mismas.

Se trata de cuanto se pudiera reconocer como ejercicio trans-disciplinar, donde por lo menos la integración de dos modalidades disciplinares (para el caso, Psicoanálisis y Crítica Literaria) dan paso a una nueva modalidad de abordaje, ampliando la cobertura de los conceptos y la multiplicidad de las implicaciones.

OCHO. Aludir a “María en la transferencia” desde esta óptica de lo trans-disciplinar significa en consecuencia la inclusión de un espejo de referencia, complemento obligatorio del reconocimiento previo de *la transferencia en “María”*, incluidas necesariamente renovaciones de la habitual noción psicoanalítica.

Es claro que en el escrito en mención se desemboca hasta la novela de Isaacs, estando ya al interior de un proceso terapéutico donde la transferencia psicoanalíticamente vista viene ya consolidada (sin embargo, ésta apenas significa para la perspectiva de una reflexión de la cual en cambio allí se trata).

⁷ No se significa que el Psicoanálisis no aborde la obra de arte, se dice que no incluye en ello la transferencia. Por lo demás, a menudo esos estudios abundan entonces en licencias clínicas, inadmisibles desde que tratan a los personajes como gentes aquejadas por patología mentales, como si fueran ellos personas reales (Hamlet, Edipo mismo).

De otra parte, debe decirse que existe una clave diferencial en una narración -fuere cual fuese- que pretende revivir acontecimientos asumidos como reales, reposiciones literales de verdades históricas, cuando de hecho se trata de modelos de ficción que alteran la realidad empírica, si no es que la suplantán plenamente tal cual acontece con los mitos, los sueños, y con algunas obras de arte. Es el caso de la "María" de Isaacs de la cual todo el mundo presupone que retrata una cuestión verídica, dado que en la realidad existe el escenario que sin atenuantes conduce a suscribirlo así (la hacienda de "El Paraíso").

Si hasta -a unos pocos minutos de la hacienda, en la vecina población de Santa Helena, se halla una tumba que se dice es la de María (así a todas luces evidencie carecer de cadáver alguno que la justifique).

Tal cual con Edipo se está en el convencimiento de que se trata de una persona "de carne y hueso"-como se acostumbra decir- quien sufriera verdaderas catástrofes de la más inocente e ignorante de las maneras, también a su modo con "María" y sus personajes acontece algo similar, razón por la cual el enlace que se realiza con ella y ellos (transferencia literaria, se diría) tiene un peso y una significación necesariamente mayores.

Y no sólo de manera directa y para los específicos lectores de esa obra, sin duda como cobertura constitutiva para la totalidad de las personas que coexisten con la reinterpretación de realidades que han terminado por incorporar esa impronta (marca que suplanta como evidencia cuanto no es más que compleja y definitoria creencia colectiva)

NUEVE. Por todo ello, cuando se escribió-hace de ello más de veinte años- el texto "'María" en la transferencia", la idea era también indagar hasta qué punto las mujeres del Valle del Cauca eran de un modo u otro reposiciones de María.

Por supuesto que no iba a tratarse de algo literal ni mucho menos conscientemente asumido: Marías ante todo negadas, reprimidas, implosionantes a nivel de registros inconscientes, ajenas de su destino más hondo y secreto.

Tampoco que fuera algo uniformante y generalizado por supuesto. Más bien, hipótesis a demostrar, comenzando por un caso específico donde -apoyándose en la experiencia clínica- ello pudiera haber sido plenamente confirmado.

La paciente en cuestión, en efecto, para nada daba muestras de ser la franca reposición de María. Portaba rasgos que más bien la diferenciaban tajantemente (se trataba de una mujer profesional, acaso viajera -más bien entonces a la manera de Efraín- y en ningún caso romántica ni antigua).

Sólo que decía portar una incomoda y permanente sensación, fruto de la presencia -a flor de piel- de una suerte de cristal intangible, inserto ahí en su interior de manera constante e incómoda (incluso bordeando la franca y abierta emergencia del dolor).

DIEZ. El análisis del curioso síntoma terminó por ubicar un nombre nunca usado, al lado del apelativo con el cual habitualmente se le reconocía. Ese nombre acallado era “María” y al ser redescubierto (desde su pre-conciencia pues nunca ello había sido del todo olvidado) generó una gran afluencia de llanto, lo cual de modo inevitable hizo pensar (cómo ¿si no?) en la novela de Isaacs, siempre enlazada con un derrame incontenible de lágrimas.⁸

Nombre dejado por el padre, quien las abandonara -a ella y a su madre- y que fuera la única donación que el hombre hiciera a la recién nacida. La madre, al bautizarla, no pudo -en medio de su resentimiento extremo- implementar esa adicional denominación. En cambio, de continuo recalcaría a su hija que esa era la forma indispensable de castigar a quien nunca asumiera su papel de papá (sin embargo para la pequeña niña consistía en una joya que ella guardaba en secreto como si se tratara de algo sagrado, en espera de encontrarse alguna vez con el más cercano extraño que pudiera ser imaginado).

Lo cierto es que una vez recuperado en la terapia el recuerdo que se jugaba en similar latencia que la pieza heteróclita, la sensación incómoda dejó de darse más.

ONCE. No se trata de extraer fáciles conclusiones a partir de tan obvia coincidencia pero tampoco se podrá creer que ello no incida de un modo u otro en la historia de esta persona. De hecho, más allá de la paciente y del propio personaje de la novela, en ambos casos subtienden personajes irrealizados, por ello mismo, resultando definitorios y decisivos.

Si bien las distancias entre la persona y el personaje parecen indiscutibles, lo cierto es que un velo muy fino e intangible les separa siempre. De continuo se están dando acercamientos y distanciamientos entre la persona y el personaje, que no alcanzan nunca a redondearse plenamente. Zonas intermedias admiten la presencia de dimensiones otras, si bien diversas en uno u otro caso, portando similitudines innegables.

⁸ La verdad es que se trata entonces de una versión superficial e incorrecta, aunque muy arraigada en el pensamiento de las gentes. Incluso, García Márquez cayó en esa trampa alguna vez, viéndose obligado a rectificar luego, reconociendo incluso que el rastreo un tanto precipitado que hiciera del texto no le impidió reconocer de pasada la existencia de una estructura muy sólida detrás del despliegue argumental.

DOCE. Para darse, la persona de la paciente -o bien la propia María- otros registros debían permanecer invaginados en una y otra: como síntoma cristalizado allá, o como consolidación de una más vasta patología auto-destructiva en el personaje femenino de la novela de Isaacs (la cual, como es sabido, habría de morir precozmente de una grave enfermedad, incurable para la época: la tuberculosis).

Por supuesto que las cosas se deciden de modo diametralmente opuesto, así coincidan en ese punto sintomático donde -en un caso- a título de objeto-ficción encarna inserto en el cuerpo femenino a la manera de una lastimante joya delirada, y -en la segunda circunstancia- como ficción tanto más envolvente que es la obra de arte, cuajada en enfermedad mortal (reposición de una afección que corrientemente afecta a las personas desde un realismo sin atenuantes, anuncio precoz de extinción que no tendría por qué no acontecerle a un personaje, sin restricción alguna a ese nivel).

TRECE. Debe reconocerse, que para que a nivel novelar se den esa sensibilidad y esa intuición que confiere no sólo verosimilitud sino condición paradigmática a un personaje, se impone una capacidad inventiva excepcional (que así se pueda apoyar en realidades empíricas delata una vez más la real calidad del escrito de Isaacs).

Verdaderos núcleos (inocentemente terroristas, se diría) de una forma o de otra deciden semejantes dimensiones, en última instancia enigmáticas e indescifrables tanto a nivel vital como en la circunstancia novelar. Ambos modelos se condenan, o bien a estallar del lado de la auto-punición, o en cambio, desde esa otra modalidad de lo implosivo, un congelamiento -condensado a modo de intangible volumen- termina decidiéndose como pétreo, inexplicable y sostenido síntoma, dueño de una extraña autonomía y de una enigmática condición fundante.

CATORCE. Obsérvese cómo surge en María: contando apenas con escasos tres años, al ser abruptamente interrumpida de su contexto más temprano y siendo trasladada a un medio en extremo diverso, extraño, y por tratarse de todos modos de una inducción forzada, María entre otras cosas dejó de ser -de un solo tajo- la niña que venía siendo y la mujer que podría haber llegado a ser.

Detenida María en ese punto que la escinde en una dual negatividad constitutiva (la cual le impondrá no-ser-siempre), cercenada violentamente de esa inicial opción desprevenida y espontánea que venía consolidándola y que -de haber continuado inmersa en ese contexto inaugural- le habría permitido seguir siendo idéntica de sí, al verse abruptamente interrumpida por ese corte, a partir de entonces ella alimentó en creciente e incontenible silencio esa decisiva clave irrealizable (tanto más aún, si carecía de la externa alternativa

explosiva con la cual habitualmente se consolidan las protestas humanas), más bien en cuanto encarnado, creciente, estallido hacia adentro (verdadera bomba de realidad suplementaria, indiscutible armazón implosiva), dramáticamente condenada y cortada de su ser más íntimo, María -personaje trágico- carecerá de forma inevitable de real salida, y de modo inevitable encarnará en congelada víctima.

El viaje que -inversamente al precoz traslado suyo- realizara Efraín, arrancado entonces de ella con reiterada violencia, enfermará a María sin remedio (de hecho, termina liquidándola de forma inapelable).

QUINCE. Por otra parte, no necesita tampoco la paciente llamarse diferente, sumando un nombre más a su apelativo habitual. Es que su vida resultó ser necesaria, definitivamente dupla, y sin síntesis ni integración posible desde que ese nombre se cancelara sin borrarse, desde que se le condenara al más radical silenciamiento, soportado por la imposición de negar al padre (sin que el padre de hecho hubiera sucumbido).

Del mismo modo de cuanto acontece con María, aunque de forma intransferible, un destino doblado la decide a su vez, perpetuando su síntoma en esa suerte de espejo sin reflejo que es el mineral guardado en su interior, el cual en su dureza heteróclita e impenetrable delata una ausencia francamente inllenable, donde se abortara de modo permanente un personaje detenido (la paciente, tal cual le aconteciera a María -debe decirse- no por nada nunca pudo acceder a la maternidad: tampoco “la Mansa” de Dostoyevski, de la cual se hablará más adelante).

¿No podría ser también ese esmerilado, inanimado objeto en su interior, la más pura representación de carencia de vida, modalidad en negativo de un hijo eternamente impedido (como que sólo le hubiera sido posible al propio padre darle vida)?

DIECISEIS. Conviene insistir en que no ha de ser esa la única vía posible para que las mujeres vallecaucanas terminen -cada una de su parte- reponiendo la paradigmática figura que la María de Isaacs encarna.

La ruta del incesto -en la medida en que resulte ser más linderalmente facilitador- es un camino sin duda más frecuente de hallar repuesto, aunque también podría ser por la vía de una cierta forma de portar la virginidad, o de ser la víctima que paga por nada, o en cambio la extraña encarnación de una determinada diferencia tan decisiva como irreductible.

Es por ello que cabe afirmarse que si en alguna parte está sepultada María no habrá de ser en esa ficción de tumba que se halla en Santa Helena: es desde

el fondo de esas mujeres desde donde debiera ser relocalizado el personaje isaacsiano, luego de intensa y exigente búsqueda no propiamente cómoda ni obvia.

La escueta ilustración traída a cuento aquí no admite margen de generalización, y habrá de ser siempre -por más frecuente que resultara siendo repuesta la operación- en aislados y singulares casos donde por rutas imprevistas y sorpresivas repunte y se rehaga siempre, como a través de la reconsolidación de singularidades dislocadas.

DIECISIETE. Lo cierto es que no sólo se trata del ensamble específico con la figura femenina del texto de Isaacs: la marca es envolvente desde la novela, hecha mito sobre la urbe toda. Vínculo definitorio y constitutivo -por ende, transferencia innegable- que amplía la óptica de cobertura de la noción psicoanalítica, y la obliga a germinar también a nivel de contextos no necesariamente universales (tal cual aconteciera en cambio con Edipo). Puede darse en efecto esa modalidad de lo transferencial en registros estrictamente regionales,⁹ y de maneras no menos poéticas y consistentes. Y a la constatación de ello sólo será posible acceder si se saben ajustar debidamente los modelos y si se flexibilizan adecuadamente los recursos y las formas de interpretar. Si sobre todo se sabe que a esos niveles la noción nunca es uniformante y generalizada, pues es siempre diversa, única e incomparable.

3. TERCER TEXTO

3.1 “El gato negro” de Poe

UNO. Hoy por hoy, lo edípico no es más que una etapa de la infancia. Habrá de reconocerse que la situación edípica no necesita más que de la reposición del ámbito de lo familiar para conseguir indefinidamente reponerse. Sin embargo, así nunca este último desaparezca, resulta innegable que se viene modificado y desdibujando de manera radical desde que Freud formulara su contundente aporte en tal sentido.

⁹ Y no es ello falla de Freud, pues lo transferencial puede regir -y de manera decisiva- sobre multiplicidad de contextos (religiosos, arquitectónicos, políticos, etc.).

Y resulta claro que no es sólo el modelo familiar cuanto ha sufrido alteraciones tajantes. Previo a ello, la sociedad humana toda ha ingresado en una sorprendente transformación también, de la cual -sin duda alguna- la primera deriva.

Parece inaudito que sólo el Psicoanálisis en su versión actual pretenda seguir siendo siempre el mismo, como una suerte de Drácula inadmisibles y anticuado.

Es claro que la presencia de lo mítico ha sido uno de los asuntos más golpeados en el nuevo modelo que comandan la Ciencia y la Tecnología. Sin embargo, no por ello se carece en la actualidad de evidencias indiscutibles de religiosidad incrementada y de modelos francamente pueriles que rigen de manera dominante y envolvente (propaganda y publicidad por ejemplo).

Como sea, cuando aparecieron -en los últimos años de la década de los setentas del siglo anterior- los textos sobre “El gato Negro” de Poe y a propósito del nombre del animal (Plutón)¹⁰, los cambios sociales aún no parecían resultar siendo tan contundentes. Sobre todo, el segundo documento mencionado intenta dar una localización mítica al registro de lo alcohólico, y ha de afirmarse que entonces el asunto no se resistía a ello.

Sorprende en cambio, al releer estos documentos, la manera como se escribía psicoanalíticamente y como han cambiado las cosas desde esas épocas. El tono casi desvergonzado de sacar a la luz lo más clandestino de la sexualidad delataba la actitud opositora y radical, que en cambio en la actualidad, el Psicoanálisis -asimilado y absorbido por el despliegue de lo social- está lejos de reponer.

DOS. Pero bien: resulta de otra parte curioso que muchos años atrás, previo a la aparición de ““María” en la transferencia”, el mismo tema del nombre -tan presente allí- permita ahora mantener la reunión de estos asuntos, de otro modo inevitablemente dispersos.

Por esa ruta, y bajo la guía de Heráclito-“Hades (Plutón) y Dionisos son idénticos”, afirmaba el filósofo- el asunto de Plutón se asimiló entonces con el tema de Dionisos, dios foráneo, linderal, transgresor, amo del vino y de la orgía, amante de la duplicidad en todas sus modalidades y variantes, dueño incluso de una inclinación femenil que le contrapone al armado viril-estatal, del cual al parecer urge de modo inapelable el despliegue de la Polis¹¹, incontenible en sus emergencias primeras (en ese sitio al menos lo sitúa

¹⁰ Cf. Otero, J. Revista “Cuadernos Colombianos” #1 y #5. Ed. Oveja Negra, Bogotá. (Años 1973-1975).

¹¹ Debe recordarse que para otra versión mítica, Dionisos era en cambio encarnación viril del macho cabrío.

Eurípides en su tragedia “Las bacantes”, donde el dios libra un desigual combate con el amo de entonces, el rey Penteo).

Plutón en realidad es el dios del Averno griego, del Hades -donde Edipo visitara a los muertos y reconociera a más de una figura inquietante y próxima- y si bien su enlace con Dionisos no resulta del todo claro, es indiscutible que sin Dionisos el ensamble con las modalidades de lo demoníaco más moderno resultaría inalcanzable. Entroncados Plutón y Dionisos en cambio, se redondea en el modelo duplo la calidez de un dios, próximo a los humanos como pocos, con la impersonal frialdad y lejanía que por contraste caracteriza a Plutón. Es por ello que la complementación heraclíteica comporta una inigualable fusión.

En el caso de “El gato negro” ello es decisivo, toda vez que el infierno que nos retrata Poe figura (en exceso próximo e íntimo) en el propio domicilio -el sótano, para ser más precisos- donde la narración se escenifica.

TRES. Superpuesto sobre esa imagen terrorífica del cadáver de la mujer que sale a flote luego de la auto-denuncia de su asesino, re-emerge la fulgurante, ígnea imagen del gato (también asesinado previamente) y que retorna de esa manera con terca y siniestra insistencia.

El entronque del gato Plutón-Dionisos con la mujer retrotrae a la condición de femineidad flotante no apuntalada debidamente por los humanos y dejada flotando en un lugar de exclusión, el cual puede recuperarse por la deliciosa ruta de lo bello inefable, aunque también dar paso a endemoniadas derivaciones extremas y desbordantes (la Hibris griega).

Lo importante de esta circunstancia es que, en su momento (a pesar de haber generado controversia la inclusión del alcoholismo en el listado de las problemáticas mentales que las clínicas psicológicas y psiquiátricas -incluido por supuesto el Psicoanálisis- reducían a las neurosis, las perversiones y las psicosis) a nivel de la demanda terapéutica las cosas entonces se dispararon decisivamente.¹²

CUATRO. Fue también esa la razón por la cual, a la publicación de ambos escritos sobre “el gato negro”, sucedió un tercer documento¹³ que se

¹² En cambio sin duda -a nivel teórico- sería a partir de allí desde donde se apuntala la distinción que se realizara a nivel de la propuesta clínica de lo social cuando se ofertara la idea de *lo máquico*, haciendo contrapeso a, y ensamble al tiempo con, la noción de *lo báquico* en la Antigua Grecia.

De hecho, la orgiástica griega, profana y desmesurada, terminó por masificarse en la abstracción tecnológica, que somete -no menos desmesuradamente- al modelo humano de conjunto (y por ende a lo psíquico) al imperio de la obra humana (Obra). En ese orden de ideas, como artefacto altamente tecnológico, lo psíquico ha pasado a ser del registro de lo máquico que es como la engullidora Obra lo apropia y reduce.

¹³ Cf. Otero, J. “Alcoholismo y femineidad”. Revista #1 de “Investigaciones Psicológicas”. Sección de Investigaciones Psicológicas. U. de A. Medellín, Colombia, 1976.

alimentaría de los trabajos terapéuticos, sobre todo con esposas de alcohólicos, en la medida en que estos últimos sistemáticamente se negaban a asistir a consulta. Ello condujo al descubrimiento en tales mujeres de comunes trasfondos fóbicos que les llevaba a repudiar el alcohol al tiempo que les ataba indisolublemente a los insaciables consumidores.¹⁴

Una cuadratura reunía el armado de una problemática, que si bien era escenificada por dos actores principales, ponía en escena ya a personajes¹⁵ duplicados y repudiados (el donjuán y la mujer eróticamente devaluada), indispensables sin embargo para la comprensión más básica del discurrir de esas parejas en las cuales a cada paso estallaba la relación precaria, fortaleciéndose en cambio de modo progresivo el vínculo insoluble y crecientemente hostil. Sucesiones de escenas de violencia progresiva anunciaban entonces, casi siempre sin realizarla -hay que decirlo- la temática extrema que se generara en el cuento de Poe (el asesinato de su compañera por parte del enloquecido consumidor de alcohol).¹⁶

CINCO. Por esos años (décadas de los años sesentas -siglo anterior- en adelante) sobrevino un decisivo cambio a nivel social lo cual disparó las drogadicciones y modificó el mapa de los estallidos familiares generados por el ampuloso padre alcohólico quien había dejado de primar. El personaje explosivo que habitualmente el padre de familia encarnaba al beber y que hacía retornar a ese persona -ajena de sí- al hogar armando escándalo, al parecer resultaba suplantado por el hijo adolescente, quien estallaba o implosionaba, coincidiendo ello no sólo con la pugna manifiesta entre generaciones que agobian tanto más a la sociedad actual sino con el creciente consumo de drogas, no propiamente alcohólicas.

Muy rápidamente se observó que el fenómeno de las drogadicciones se extendía más allá del ámbito puramente familiar y que pasaba a ocupar indiscriminadamente la totalidad de los espacios del decorado que aglutina al conglomerado humano.

Se hizo en efecto evidente que no sólo consistían las cosas en casos particulares y aislados de adolescentes rebeldes. La drogadicción venía

¹⁴ Ello condujo a varios resultados sorprendentes. En más de una ocasión, el alcohólico ausente dejaba de beber en la medida en que su mujer, al remontar su cuadro fóbico, tomaba distancia frente a la problemática de su compañero y le dejaba siendo responsable directo de la misma.

¹⁵ En la actual propuesta clínica de lo social la presencia de los personajes en la vida de los humanos ha sido significativamente desarrollada (Cf. Escritos nuestros al respecto).

¹⁶ Esta modalidad de asesinato es hoy en día habitual y cada vez más frecuente a nivel mundial, sobre todo, en países donde la tradición alcohólica ha sido prioritaria (sumadas a ello las nuevas prácticas ingestoras, el asunto se agrava tanto más).

Previamente se había aludido aquí a las implicaciones post-freudianas de estos desbordes en cuanto cuestionan la oferta dual de las pulsiones propuesta por el Psicoanálisis.

definida sin atenuantes como la consecuencia del despliegue invasor del narcotráfico, en entronque directo con el más extremado desborde del consumismo donde la adicción -de todo orden- campeaba y pasaba a regir, por encima de cualquier prioritario criterio personalizante, selectivamente clínico-terapéutico (dimensión esta por todo ello alterada de manera esencial).

SEIS. No que fuera definitivamente reducido el modelo clínico por un registro más vasto y decisivo, el cual sin duda alguna tenía ahora un lugar prioritario que lo redefinía todo. Lo clínico, antes que desaparecer, se ampliaba y reponía desde una nueva óptica y a partir de re-apuntalamientos tanto más abarcales.

Lo cierto es que frente a la falta de una Clínica de Masas, por contraste semejantes registros pasaban a primar (y el texto de Freud al respecto¹⁷ nunca incluyó una derivación psicopatológica de ese corte).

El alcoholismo, si bien no resultaba ser una estructura en sí, formaba parte indiscutible de las drogadicciones, las cuales con su inclusión delataban que el modelo psico-patológico había pasado a ser otro asunto. No sólo se redefinía un nuevo mapa que rearmaba el escenario de lo mórbido (ampliación del espectro y redefinición de las territorialidades de lo reconocidamente sintomático), el alma había pasado a ser -luego de la clave freudiana que le asignaba ya condición de "aparato"- el más refinado, contundente, e intangible armado tecnológico (sin olvidarse de lo terrorista que la daba al tiempo como *bomba de realidad suplementaria*, condenada a continuamente implosionar y - más tarde o más temprano- definitivamente a estallar).

Con el despliegue de las drogadicciones por sobre todo se obligaba a remontar la tesis habitual que reducía el tema de lo clínico a asuntos referidos a las personas en particular. No que no fueran éstas radicalmente afectadas, era que formaban parte de un creciente ejército de consumidores de todo orden, que delataban a las drogadicciones apenas como modalidades de -un tanto más vasto- consumismo. Esta clave masivo-ingestora del modelo de conjunto se delataba como salvaje, dominante y voraz, imponiendo -con más, con menos- a todos los humanos la impronta inapelable de lo adictivo. Modelos esclavizantes, portadores de múltiples cabezas y derivaciones (económicas, políticas, estatales, etc.) que se desbordaban dando paso a un masivo cuadro de incidencia mundial.

SIETE. Por lo demás, las drogadicciones resultaban ser verdaderas alternativas terroristas que crecían como una sombra inevitable al ritmo en que lo hacía el supuesto "progreso" tecnológico. Sólo que ellas -las adicciones a las

¹⁷ Cf. Freud, S. "Psicología de masas y análisis del yo"- OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.

drogas- se delataban como paradigmáticos armados del consumo-esclavo, donde se privilegiaban verdaderos estallidos hacia adentro (implosiones), sin dioses de soporte ni rituales de míticas procedencias. En realidad, religiones profanas hijas del desencanto y de los desplomes de la creencia, las drogadicciones en nada resultaban asimilables -como se podría desprevencidamente creer- a los modelos primordiales de los indígenas americanos, ni -menos aún- a los rituales báquicos de la Antigua Grecia.

De todo ello se derivaba por tanto el reconocimiento de que la normalidad (anteriormente reconocida como medida y paradigma) tendría ahora que ser entendida, ya no como indiscutida evidencia, como parámetro de referencia frente a cualquier otro posible comportamiento humano, modelo ultradefensivo,¹⁸ en cambio que se suma al desorden y a la desmesura

Desde que a la normalidad se la empieza a reconocer incluida dentro de las modalidades que no escapan a los registros envolventes e inapelables de lo adictivo, se impone asumirlas como colectivos armados de recursos hiper-defensivos. Modelos de los cuales pende el rebaño humano y por ende los particulares individuos, trocados en buena medida en alternativas de masas (obediencia a los medios de comunicación y a la parafernalia de aparatos y completamientos tecnológicos de todo orden) en buena medida asidos de manera dependiente, cada vez más del lado de lo abiertamente parasitario y distantes de reales proyectos y expresiones autónomas,¹⁹ ligados a involucramientos que se auto-reproducen, aparentemente sin cabezas visibles que les guíe. Sin embargo fusionados así, terminan reforzando soportes del poder imperante que somete y reduce toda diferencia y que bloquea el ejercicio de la singularidad cuando ésta no se adapta a sus imperativos (de otro modo doblegada y reducida desde la prelación uniformante, cada vez más presente en el despliegue de lo social).²⁰

¹⁸ Quien desee conocer mayores despliegues al respecto, tendrá que consultar los textos donde se reconoce un modelo doblemente forclusivo (Cf. por ejemplo, Otero, J. "Psicosis escrita y psicosis recluida", en Biblioteca Digital de la U. Nal de Colombia, Bogotá) en los denominados comportamientos normales, de lo cual no se libra la Clínica misma.

¹⁹ No ha de faltar sin embargo -entre más baladíes y banales sean los comportamientos- la creencia de radicales deslindes del definitorio formato de masa. De hecho, es entonces la masa la que presta su propia singularidad a quienes le reponen sin atenuantes, y por supuesto sin saberse expresiones directas procedentes de esas constituyentes realidades.

²⁰ Esa clave de masa, ignorada por Freud, con el advenimiento de la indetenible dominancia tecnológica, dio paso a modalidades de masa que no demandaban de un líder visible que las pusiera en movimiento. Bastaba por la vinculación multitudinaria a la parafernalia de aparatos, marcas y programaciones, para que en soledad se estuviera decidido -a la manera de los insectos- como un sólo organismo máquico.

4. CUARTO TEXTO

(VERSIÓN PROSPECTIVA)

Introducción

UNO. Una exploración dirigida a puntos decisivos aunque no envolventes, ha permitido una primera localización del vasto asunto que es en la actualidad el Psicoanálisis. Se cometería un craso error si se creyera que cuanto alude a los cuestionamientos que el modelo freudiano genera en la actualidad, diluyen por sí solos la inmensidad de su real importancia. Fruto de decisivos y radicales aportes y develamientos es la cobertura indiscutible que la oferta psicoanalítica ofrece hoy en día. Al tiempo, debe decirse, es resultado de esas fallas el grave impasse al cual el modelo -de manera innegable también- se enfrenta. Ambos rostros son válidos, pero antes que recalcar en la apología de una realidad que habla por sí sola se impone sostener con todo rigor la contundencia de indispensables cuestionamientos a los taponamientos de una posible salida, cada vez más impedida en el modelo cerrado y reclusivo de la sociedad actual.²¹

Sería igualmente presuntuoso y desmedido, pretender que con cuanto se alcance a plantear aquí vaya mínimamente a reencauzarse todo. El problema del Psicoanálisis contemporáneo retrata el problema de la totalidad del modelo humano, y allí donde el Psicoanálisis flaquea o se empobrece, si bien no resultan ajenas a ello las carencias que internamente la construcción psicoanalítica retrata y agrava, lo cierto es que es ello primero consecuencia de alteraciones decisivas y desbordantes que Freud, al fundar su concepción, apenas si lograba reconocer en sus tímidas primeras emergencias.

Es cierto que alcanzó Freud con gran previsión a apelar *aparato* al psiquismo, pero apenas consiguió reconocer las primeras invenciones mecánicas.²²

La verdad es que tampoco Lacan fue muy lejos en la ubicación y previsión a propósito del problema actual,²³ pues se dedicó -si bien con indiscutible rigor y

²¹ Si se dijera que es esta una versión más bien subjetiva de quien desde su propio encerramiento generaliza sin restricciones, se debiera decir que el asunto rebasa dimensiones estrictamente personales y hace referencia a la una situación “macro” cuya objetividad y sobre determinación lo decide todo en cambio.

²² De pronto la sorpresa de su extraño reflejado en el espejo de su litera en algún tren de la época, le hubiera permitido saber a Freud del otro que podría haber sido, de incluir esos despliegues. Habría de ser sin embargo Lacan quien señalara los avatares y envolvenzas de la imagen especular.

profundidad, bastante académicamente sí- a ahondar de manera principal en las encrucijadas del lenguaje y en las formas como ello marcaba y decidía lo psíquico (y el lenguaje no es menos Obra ya).

4.1 A propósito de un tema álgido: la homosexualidad

UNO. Dos asuntos han complicado sobre manera las cosas para el Psicoanálisis: el tema de mujer y la versión clínica sobre la homosexualidad.

En ambos casos, más que demostrarse incoherencia o inoperancia argumental, interna a la propuesta, se trató más bien de cambios sociales radicales en ambas direcciones. En efecto, tanto la mujer como el homosexual resultaron instalados en el modelo humano de conjunto de un modo francamente diverso de cuanto venía siendo, hasta que el Psicoanálisis hiciera sus desciframientos en ambas direcciones.

La mujer fue sacada de su casa y puesta a laborar, y ello afectó de forma extrema realidades consideradas antes inamovibles (familia, relación madre-hijo, fidelidad conyugal, lugar económico en el registro de lo matrimonial, etc.). La denominada “liberación femenina” no era más que otra consecuencia de esta mutación social, pero daba la clave para la renovación tajante de las escenificaciones que desde allí a su vez se derivaran para las circunstancias que calificaban a los homosexuales.

DOS. Ya con Freud se había iniciado un primer decisivo reconocimiento: antes de él -se ha dicho siempre- había homosexuales a secas. Por ello se trataba de reencauzarlos, reeducarlo, transformarlos de alguna forma en seres reconocibles como “normales”. El aporte freudiano dio paso al reconocimiento de una estructura,²⁴ allí, la homosexualidad, y desde entonces, se trataría de entender e interpretar.

Pero Freud no dimensionó mayormente las implicaciones de su aporte. Creyó el autor del Psicoanálisis que se podía seguir de largo en el develamiento clínico de lo mórbido, tan brillantemente expuesto antes en cuanto hacía referencia a las variantes de las neurosis (diversidad de histerias, neurosis obsesivas, etc.).

Se asumió -pues Freud ya no iba tan solo como antes- que las perversiones seguían (por decirlo así) a las neurosis, y que dado que se sabía que se trataba de variantes defensivas más radicales (y estaban aún pendientes las psicosis,

²³ Resulta bien sabido que buena parte del apuntalamiento lacaniano parte de la localización de cuanto se apelara “fase del espejo”, y que adelanta cuanto de manera más generalizada y envolvente ubica el registro del doble. (Cf. Otero, J. “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”. Biblioteca Digital, U. Nal. de Colombia, Bogotá.).

²⁴ Estructura más bien por inamovible (o, como clínicamente se estila decir: francamente incurable).

nada menos) no existía razón alguna para inventar un capítulo aparte, ajeno y autónomo, frente a la coherente oferta clínica precedente.

TRES. Y era hasta cierto punto cierto todo ello si se lo observaba en la teorización de los asuntos, pero en relación con lo aplicativo la cuestión se conjugaba en otros tiempos.

Y -visto así- incluso las implicaciones teóricas que se desprendían de allí, debieron obligar a Freud a revisar las cosas y a entender que eran cuestiones muy diversas aquellas que imponían atacar el drama personal e íntimo de un ser agobiado por rituales y manejos aislantes -como era el caso de los obsesivos-, descifrar una ceguera histérica o un embarazo imaginario, la fobia a las ratas o a las arañas, que enfrentarse a un contrato -social ya- donde lo clínico no conseguiría plena cobertura.

La sólo idea de hacer de la homosexualidad modalidad entre las perversiones acarrea dificultades inmensas cuando se trataba de resolver los asuntos desde recursos aplicativo- terapéuticos, aún manteniendo al lado la certeza de que lo teórico no se resentía por ello. No es igual el manejo sexual-onanista o el mero voyerismo -que no necesita asociarse con el exhibicionismo para dar rienda suelta a sus propios despliegues- que pensar en dos haciendo vida íntima, aspirando a armar familia y a asumir responsabilidades en el cuidado de una prole, (así por supuesto no se trataba de una directa descendencia). Sumándose a ello, que a diferencia de los psicóticos -injuntables desde siempre- los homosexuales eran capaces de altos rendimientos laborales, de indudables aportes creativos, y sobre todo, dueños de una habilidad incomparable cuando se trataba de asociarse y luchar por sus derechos.

CUATRO. Reunir en una común y envolvente noción (la homosexualidad) a seres que eran ya cuanto eran, pero que demandaban indispensables complementos que desde extremos opuestos y/o diversos venían a coincidir -por lo demás, no siempre felizmente ni de manera plena- y a dar paso a ensambles que implicaban emergencias múltiples y diversas, inesperadas y de difícil orientación (lo cual imponía al tratamiento de estas problemáticas el empleo de estrategias y redemarcaciones obligatoriamente renovadas) sin duda generaba complejas derivaciones.

No eran lo mismo, por ejemplo, la relación homosexual que el vínculo homosexual, o la procedencia de aquello que se daba como flexible tendencia frente a consolidadas estructura redondas y autónomas no resultaba fácil de demarcar (si además se sabía que todo venía subtendido por el supuesto de la bisexualidad constitutiva, para nada discriminativa ni justificablemente selectiva).

CINCO. Si bien algunos lacanianos ensayaron ofertas -consecuentes, aunque restringidas- que buscaban re-mapear las territorialidades y los linderos que separaban lo normal de lo mórbido sin asumir derivaciones, más allá de cuanto quedaba apenas implícito (como fue el caso de los ensayos de Piera Aulagnier y otros, que retomaban el tema partiendo de la pregunta por la

femineidad)²⁵ lo cierto es que Lacan poco dijo al respecto y menos aún dilucidó en referencia con el tema de la homosexualidad.

Sin ir tan lejos, debe reconocerse que en el listado de historiales clínicos freudianos nunca se sumó a un homosexual confeso, y sin embargo el tema de la homosexualidad resultaba difícil que no fuera nombrado en todos ellos.

La Clínica Psicoanalítica no supo nunca reconocer a tiempo que la demanda misma imponía estrategias diversificadas, que muchas veces el síntoma calificaba a otros, y que -en muchos casos- se era inmune frente a las urgencias de un imperioso tratamiento.

Tampoco supo Freud entender que si podía mirar a la Cultura con toda pertinencia, desde un oferta que presuponía el malestar, éste no resultaba ser siempre -de modo obligatorio- referible a la mera clave empírica que lo retrataba al final encarnado de forma particular.

SEIS. Como fuere, sin flexibilizar los recursos clínicos previstos el sólo ejercicio terapéutico-aplicativo fue ampliando la franja de ese accionar, más bien guiándose por urgencias empíricas que por reordenamientos argumentativos. El resultado, una creciente tergiversación de las posiciones de principio (progresiva moralización de los contenidos y -a cambio del indispensable aporte teórico- la pedagogización del recurso, etc.)²⁶, tanto como una cómoda y progresiva transformación en una modalidad más bien empresarial de amplia cobertura (a la manera de las multinacionales del capitalismo contemporáneo).

Al lado de esto el Psicoanálisis, exigido teóricamente allí, tenía de todos modos un “as bajo la manga” con el cual responder y poner todo en orden. El paso desde la Naturaleza hasta la Cultura daría cuenta de todas esas realidades derivadas y no por ello menos constitutivas e inocultables.

Pero la homosexualidad no se sometió -de modo riguroso al menos- a ese examen (ni muchos asuntos más, que fueron a su vez definitivamente conmovidos por semejante re-decoración). Nunca, que se sepa, se resolvieron las razones por las cuales el paso por la Cultura imponía estas específicas derivaciones. Y cuando se intentaron respuestas al respecto, faltaron claves decisivas allí para dar reales explicaciones y desciframientos. Quizá apenas ahora han empezado a evidenciarse las verdaderas causales, responsables de semejantes resultantes.

4.2 Una versión estética de lo homoerótico

²⁵ Incluso, así no verse sobre la homosexualidad en cuanto tal y se explaye en cambio en referencia con las diversas alternativas de lo perverso en general, el texto “Ex-sexo” de Catherine Millet, es una excelente muestra de las posibilidades del Psicoanálisis bien encauzado, allí donde lastimosamente la pertinente excepción delata la dominancia de la improductiva regla. Texto bien dirigido y enjundioso, que pasó sin ser visto, o al menos sin permitir captar el Norte que re-descubría.

²⁶ Una dama, ligada a la obra de Lacan más bien por razones familiares, llegó a plantear que en Psicoanálisis ya todo estaba dicho y que -en consecuencia- no restaba más que divulgarlo.

UNO. También se habría podido indagar por el sentido y derivaciones de la contraposición, tan cara a los freudianos, entre “principio de placer” y “principio de realidad”, en lo cual -hemos dicho ya- Lacan incluyera el goce. Sobre el “principio de realidad” no parece que existiera incidencia teórica alguna, luego que Freud al parecer definiera el asunto de una vez por todas.

Sin embargo, según ha sido recalcado previamente, es a nivel de la realidad que las cosas han sufrido los más decisivos cambios, mientras -en contraste- los aspectos que el otro polo cobija parecen haberse relegado, desdibujado, obligados a asimilarse a los desbordes de una -al parecer- indetenible metamorfosis exterior que lo califica todo, y a todo lo somete.

En efecto, el aporte que incluye la inclusión del inconsciente resultó siendo sin duda decisivo, pero -extrañamente- la versión resultante a propósito de lo psíquico, develado y desarmado a partir de allí, pareció desde entonces congelarlo, como si la sorpresa de su desnudamiento hubiera detenido sus despliegues y la proliferación de sus recursos.

En cambio el manejo de las técnicas de apropiación del mundo terminó transformándose y alterando el entronque con éste, dejando atrás muchas modalidades dominantes hasta entonces. Sobre todo, modificando las perspectivas y las particulares y/o masivas captaciones (no propiamente desde adentro como hubiera sido lo habitual).

DOS. Si se dijera que todo ello ha dado paso a una nueva versión de la homosexualidad, parecería excesivo e inadmisibles. Y sin embargo, entre otras implicaciones del cambio en los tradicionales parámetros de interpretación y juzgamiento de multiplicidad de registros -ahora seriamente modificados- figura con toda seguridad esta específica cuestión.

Podrá ser que esas consecuencias, que afectan directamente a tales versiones, no procedan de manera directa ni resulten obvios ni visibles sus entronques que se trate de efectos sinuosos e inesperados que fueron avanzando por ello sin mayor control hasta terminar coincidiendo con otros factores presentes también allí y muy probablemente de manera tanto más decisiva.

Una de esas claves la da, esto que ha sido reconocido -por una doble vía- como masificación de los modelos de una parte y como consecuente uniformación de las resultantes de otra.

La creciente marca externa sobre el conjunto de los humanos comportamientos dio la vuelta a cuanto en Freud fuera apenas asumido como acumulación creciente desde decisivos e inamovibles núcleos personales, los cuales daban por ello prelación a las relaciones masa-líder (todo pasaba en efecto por ese

retén en la oferta freudiana sobre la “Psicología de masas”²⁷ y a metamorfosis de las dimensiones psíquicas individuales, alteradas al modo de los sueños, las fantasías, y sobretodo los estados hipnóticos.

El desconocimiento de una involucencia externa, cada vez más decisiva, impidió al Psicoanálisis escapar de cuanto más lamentablemente definía los modelos psicológicos y psiquiátricos, coexistentes con él: el psicologismo (que ya en textos como aquel que versa sobre la guerra se transparentaba de modo inocultable). Pero, otra cosa más compleja era un psicologismo que calificara la versión misma en su totalidad y ello por desgracia se mantiene decidiendo el lugar del Psicoanálisis en la actualidad, sobre todo en referencia con el ya resaltado énfasis que se hace de lo clínico-terapéutico y de la perpetuación en definitorias claves personalizantes y a partir de la prelación de lo disciplinar.

TRES. La mayor objeción -ha sido afirmado con antelación- que existe a la teoría freudiana a propósito de la homosexualidad es la condición psicopatológica que allí se asigna al tema. La tesis de que el homosexual es un ser anormal -como un neurótico, el resto de los perversos, y sobre todo, los psicóticos- es aquello que ha sido considerado definitivamente equivocado y en consecuencia reasignado a una especie de jurisprudencia de los derechos humanos, donde se asume por principio que cada quien es dueño de sus actos y libre de dar a su cuerpo el empleo que decida, siempre y cuando no se afecte con ello a otros (curiosamente no se procederá con la misma lógica en relación con temas de la mente, donde se asume la insanía mental a partir de los impedimentos de ajuste a las condiciones básicas de la realidad imperante, caso de los psicóticos).

Si ello ha derivado de ese modo es sencillamente porque los homosexuales saben defenderse y aglutinarse, mientras que los psicóticos van siempre solos, y son impedidos económicos, incapaces de garantizarse su manutención.

El tema del homosexual se ha alterado entonces más bien desde registros de alguna manera externos a sus más íntimas inclinaciones. En la actualidad se obliga a modificar la manera de reconocerlos y asumirlos que tenía el resto de sus semejantes, aunque quizá ni siquiera se trate de tanto, pues éstos últimos tampoco es que hayan modificado sus principios al punto de que los homosexuales quepan ahora en esa bienintencionada “banda ampliada”.²⁸

Pero si es cierto que la reglamentación ha sufrido decisivas modificaciones, y que resulta -al menos desde la perspectiva de las nuevas normatividades- que los homosexuales deban ser considerados normales, o que se les deje resolver

²⁷ Resulta curioso que Freud nombre su libro “Psicología” y no “Psicoanálisis (de masas)”. Y tanto más decisivo resulta todo aún si se tiene en cuenta que a ese primera denominación le sigue la derivación “y análisis del Yo”, la cual en realidad paulatinamente termina haciendo olvidar del tema central y sus derivaciones.

²⁸ Existen serias excepciones sin embargo. Por ejemplo, las licencias con el clero a ese nivel no son las mismas, tal cual no lo son a nivel de los desbordes de poder a nivel de los componentes de las instituciones armadas. Es claro que existen factores sociales tanto más determinantes que las inclinaciones eróticas, pero ello demuestra que las cosas no son apenas cuestiones de entronques corpóreos, en tal sentido, definidas desde siempre.

lo suyo sin ajenas incidencias, mientras que cualquier repudio contra ellos resulte, o bien anormal o al menos censurable.

CUATRO. Con esto se ha conseguido crear una periferia que falsea la realidad de base. Las prevenciones contra los homosexuales y en referencia con la homosexualidad no se han modificado realmente ni tampoco cada homosexual está en realidad menos indefenso y excluido ahora de cuanto lo estuviera desde siempre.

Acaso en sociedades donde el modelo de “abierta licencia” lleva más tiempo implementándose ofrezca un panorama de algún modo diverso, pero en sociedades donde el machismo califica sectores más amplios y capas más hondas, el tema rueda de un modo, no sólo más lento, sino que pareciera en muchos casos agravarse.

Haciendo al margen casuísticas y especificidades sociales, la homosexualidad como tal ha venido transformándose progresivamente y es más fácil que sean los mismos homosexuales quienes sigan presos de sus inamovibles fantasmáticas.

O sea, los cuerpos de los homosexuales se siguen conjugando en el idioma antiguo de las apetencias y de los deseos que les ligan a inmanejables temáticas, en referencia sobre todo con sus procedencias (infancia, familia, etc.) mientras que la homosexualidad ha ampliado sus márgenes y ganado lugares que los homosexuales -aferrados a sus individuales atavismos- no alcanzan a incluir del todo.

CINCO. La incidencia de factores tan abarcales y definatorios como resultan ser en la actualidad la tecnología y el terrorismo, incluso obligan a pensar que ya ni siquiera se trata de la homosexualidad (entendida como la noción que cobija a ese conjunto de seres que comparten una determinada inclinación electiva en referencia con los objetos con los cuales su sexualidad se realiza).

Algo esencial resta por fuera desde que esta redonda selectividad no incluye modalidades que de todos modos la noción cobija (femineidad, bisexualidad, tendencia vs. estructura, el propio repudio que puede decidir otras modalidades -normalidad, etc.).

Ya el alma no es el alma que recupera mundos religiosos y creencias míticas de todo orden (siempre y cuando se jueguen en el registro de lo intangible). El alma se ha tecnificado y hasta se suma a las improntas del terrorismo reinante. Del aparato psíquico diseñado por Freud, el alma no sólo ha pasado a ser pieza que incide en la movilización de una gran maquinaria (obra humana, la Obra) sino que es decidida y sostenida desde allí. Su condición es ahora *máquica*, pues se trata de la más refinada armazón de la tecnología que reinterpreta -ni siquiera lo invisible, que es otra cuestión radicalmente alterada también en la nueva versión del mundo- por sobre todo lo intangible.

La reducción máquica que entonces hace de lo humano Obra, comporta -a nivel de lo psíquico en su conjunto- alteraciones contundentes que conducen a

reconocer que otros recursos se imponen ofreciendo opciones de uso más pertinentes y ajustadas a las nuevas realidades.

SEIS. Lo psíquico -máquicamente²⁹ asumido entonces como el más elaborado artefacto intangible- suma a ello, ahora bajo la égida de lo terrorista que crece sin atenuantes al lado de la mutación tecnológica, su condición de “bomba de realidad suplementaria”, obligada a estallar -o a implosionar- más tarde o más temprano.

Generador de Obra, lo humano termina siendo transformado en Obra misma (obra-en-la-Obra) y es a partir de allí desde donde se empiezan a redefinir los sentidos de asuntos como la denominada homosexualidad.

Sólo que esos sentidos no son teorizados. Se imponen sin más, como armados actuantes a los cuales no resta más que asimilárseles y obedecerles, pues forman parte de la renovada realidad constitutiva y constituyente.

SIETE. Veámoslo un poco.

Los machos, antiquísimamente expulsados por el líder de la manada humana ¿qué hicieron con su sexualidad?

Freud sólo da cuenta de ellos, luego de que asesinando al propio padre vinieron a suplirlo en una suerte de acuerdo “democrático” (repartiendo lo más equitativamente posible los poderes y reduciéndolos al ámbito de lo estrictamente familiar).

Resta un espacio sin cubrir donde los comportamientos homosexuales -es de suponerlo así- desde entonces pudieron haberse reforzado de modo decisivo.

Entonces se trataba prioritariamente de asumir como obligación inapelable la conservación de la especie. Desde entonces hasta acá el modelo prácticamente se ha invertido pues ahora se trata en cambio, de las implicaciones de una inquietante, creciente super-población. Si bien el comportamiento homosexual parece decidido a niveles íntimos y personales como destino decisivo de las almas y de sus cuerpos, lo cual parece irremontable y constante en la conducta de estas personas, lo cierto es que la valoración social y la forma de incluir o dejar por fuera esas modalidades puede llegar a alterarse de manera tajante cuando acontecen fenómenos “macro” como el que se ha señalado con antelación.

OCHO. Por todo ello acontecen radicales variaciones en la interpretación de las costumbres y de los sentidos que se creían inamovibles. Por decir algo, las modalidades del placer se juegan ahora desde las urgencias del consumo -lo

²⁹ Lo máquico no comporta apenas la denominación de todo cuanto ha sido sometido al imperio de la Obra, decidida por sobre todo por patrones en primer lugar tecnológicos. Va seguido por reinterpretaciones desde lo terrorista, que en cuanto le acompaña de modo inseparable da paso a modalidades explosivas y/o implosivas que agravan los modelos y refuerzan los entrapamientos reclusivos en un modelo de por sí incontrolado y desbordante.

cual implica que sólo pueden darse por fuera de la obligatoriedad que de antemano se le impone a la reproducción del capitalismo.

Desde entonces, no es la pulsión biológica la clave que determina el sentido de los renovados despliegues humanos, ni a nivel particular ni -menos aún- colectivo. Si bien se ve, el dinero lo decide y lo mueve todo con tanta mayor contundencia. El resto, en efecto, se pliega y asimila o se deja reinterpretar redondamente (caso de las pulsiones).

El “principio de placer” no es apenas el reborde de la homeostasis que da a lo biológico la supuesta prelación inamovible. De hecho, no se deben tomar las cosas como si tuvieran un “principio” y a partir de allí se fueran ordenando en garantizada sucesión rodando por una cadena de continuidad predeterminada, como quiere hacerlo creer la versión más empirista de la temporalidad.

NUEVE. El “juicio de realidad”, de otra parte, tampoco está pegado de una evidencia indiscutida y primera. El “juicio de realidad” se decide en la reposición de un modelo englobante de maquinaria envolvente e impersonal que puede sin embargo hasta llegar a ser laxa en relación con los ejércitos de reserva que le conviene mantener (así fuese al margen, dentro de lógicas precarias de auto-subsistencia) en caso de desajuste o crisis. El mundo todo queda al servicio de la delirante máquica ciclópea y enigmática que sólo sabe crecer, sin opción posible de detención. El “juicio de realidad” se ata de ahí quiérase o no y el resto viene por añadidura.

Valga esto apenas como demarcación rápida y general de aquello que se monta sobre dos columnas de base y arma su construcción a partir de allí: lo tecnológico y lo terrorista (y si en ello existiera incómoda reincidencia sería porque el progresivo empobrecimiento del modelo lo dispone así).

DIEZ. Visto todo desde esa perspectiva, lo homoerótico es (más allá de la ubicación, que siguiendo a Freud, en su momento Bataille le diera al concepto de lo erótico) no sólo el entronque entre la sexualidad y la muerte (que sumados darían el goce, según la concesión tardía que hiciera Lacan). De hecho, lo homoerótico se entroniza ahora como modalidad que ha pasado a formar parte constitutiva de la reinterpretación masiva de lo sexual. “Globalizadamente” -tal cual se acostumbra decir ahora con lamentable orgullo- la semejanza ha impuesto su égida sobre el modelo humano, individual y de conjunto. Desde allí en primer lugar lo homoerótico ha pasado a ser, de pugnada condición bloqueante de la reproducción de la especie, modalidad de consumo, que además, desde la abstracción más decisiva de lo uniformante califica y selecciona por semejanza el entrecruzamiento de los géneros (en este caso del objeto erótico).³⁰

³⁰ Nunca se hablará sin embargo de lo hetero-erótico y ello debiera obligar a reconocer una adscripción asimétrica, definitoria allí. Como fuere, cada elección es primero que todo reapuntalamiento de esa clave de propiedad (y de apropiación) donde el modelo se reconoce seguro de sí mismo (!) y decisivo portador de su impronta.

ONCE. Dada la señalada superpoblación humana que impera de forma progresiva desde que se eliminaron los rivales directos y se creó un mundo a imagen y semejanza de la Obra -haciendo del resto del mundo inutilizado, mera oferta de extinción a futuro para la máquina engullidora e inllenable- la homosexualidad (por supuesto, sin proponérselo) ha pasado a acercarse cada vez más a los trasfondos reproductivos del capitalismo (homo-erotismo uniformado en la base).

La misma esterilidad natural de la oferta de goce homoerótico se repone en el modelo globalizante del capitalismo arrollador. “Consciente” -se diría- de que por la ruta artificial del recurso tecnológico la vida que resulta indispensable para dar lugar a la reencarnación de la fuerza humana de trabajo (como dijera Marx) está ya definida, y en cualquier momento podrá ser reemplazada (sólo se impone que la “economía del gasto” pase a justificar la operación).

Lo homoerótico se observa ahora iluminado por una nueva luz y es incluso alternativa de freno para el desborde procreador de la especie, que por compensación se repone sin detención y de la más irracional y desbordante manera.

Cuanto fuera antes condenado como imperdonable transgresión a las leyes de la reproducción de especie, la opción homosexual ha pasado a ser algo que reduce ese drama. La oposición a ello en realidad procede desde lo humano, que en tanto marginado, que en cuanto enajenado, protesta (sin mayores opciones ni esperanzas de recuperación real), y es pues sin duda alguna la reproducción del capitalismo la prioridad, y el resto no consigue más que dejarse absorber y demarcar a partir de allí.

DOCE. El consumo-del-otro (consumir al otro en la coexistencia existencial con él o ella) incluye a las parejas en el ordenamiento relacional y vincular, al interior de la maquinaria de placer y de goce que redefine el despliegue masivo de los sexos. Sin ello o con ello, lo mercantil pasa progresiva e incontrolablemente a regirlo todo y ya el otro es más bien lo gastado, lo consumido, lo convertido en pieza productiva (para el caso, de disfrute). Cada quien consume vida y da paso a modalidades donde el semejante podría no resultar para nada necesario.³¹

Y no sólo, ya no serán criterios directamente sexuales -ni de corte similar- los que decidan o no tu inclusión en la Obra: dado que el formato envolvente se contrae o amplía según exigencias (no siempre previsibles) de auto-reproducción del modelo de conjunto. Sólo al margen, cada quien seguirá ejercitando sus prejuicios, sus supuestos, sus rituales y sus más diversos comportamientos, que le hacen seguir creyendo anacrónicamente que continúa

Esa clave de propiedad viene a consolidar la reposición de un orden cada vez más blindado frente a cualquier amenaza de su *afuera*, pues ya no existe más enemigo externo visible que resulte siendo mínimamente amenazante e inquietante frente al poder avasallante de la Obra.

³¹ Más aún: sobre todo en sociedades reconocidas como altamente desarrolladas, tecnológicos recursos de estimulación erótica hacen de lo sexual, la más contundente y solitaria de las adicciones, donde se trata de lo máquico-erótico, más allá por supuesto de lo homo-erótico.

siendo dueño de su alma. (en realidad se trata entonces de la singularidad enajenada que no se resigna a desaparecer y a la cual el capitalismo deja estar pues la puede siempre reinterpretar y gastar en cualquier momento de acuerdo con sus urgencias y apetencias).

TRECE. Pero la mayor inconsecuencia se da allí donde -por privilegiar masivamente al conjunto desde la implementación de la estructura apuntalada-Freud olvida que inmensas figuras -en especial del Arte-³² fueron al tiempo indiscutiblemente homosexuales. Es más muchos de ellos, antes de hallar en ello inconveniencia, delataban que ese entronque les resultaba indispensable, pues sin ello la hipersensibilidad desplegada no hubiera podido ser tal cual resultaba.

Es claro que cuando se dice “indispensable” no se trata de algo que implique obligada generalización, pero, siendo el asunto en buena parte de los casos decidido desde el enigma de la femineidad -que la bisexualidad, de la cual la femineidad es un polo irreductible, complica y a veces hasta llega a impedir un mínimo desenvolvimiento armónico- las variantes que dan paso a semejantes emergencias imponen desciframientos, muy diversos de aquellos que sólo logran demarcar, insuficiente y pobremente, la escueta versión clínica.³³

Si bien, por una parte se desemboca al reconocimiento de la cercanía indiscutible del caos y la psicosis, también -de otro lado- puede tratarse de claves de excepción, las cuales por sobre todo abren las puertas hacia la creación y el más deslumbrante desborde artístico.

CATORCE. Si resulta todo ello de un orden aparentemente contradictorio e insoluble, habrá de ser precisamente porque la femineidad en juego pone en marcha las urgencias expresivas de la singularidad, la cual -escapando de la habitual coerción que lo social le signa- o bien despliega sus alas dando paso a excepcionales producciones o en cambio se dispara -y ello sin duda con mayor frecuencia- por la ruta contaminada de la enajenación y el descontrol (o sea, estalla o implosiona desde lo singular).³⁴

³² Sin por supuesto insinuar una generalización allí, pues la verdad es que la fusión cuando se da la deciden otras claves tanto más sutiles y complejas. Tampoco es que al Arte le resulte ello indispensable, claro está, pero resulta a su vez innegable la productividad y la calidad excelsa de inocultables aportes.

³³ También es cierto que muchos homosexuales repugnan de lo femenino y sus relaciones excluyen la más remota presencia de esta condición. Para ellos, lo homosexual es el encuentro discriminante entre dos varones que ponen de presente un abrazo, un entronque viril excluyente, donde si algo parece cancelado es toda posible condición bisexual. Igual acontece con las mujeres que eligen seres de su mismo género, pero ello no invalida la clave bisexual, demuestra en cambio que la repulsa a uno de los polos resulta definitiva a partir de tan radical repudio. Es la hetero-sexualidad cuanto deriva condenado entonces, tanto como la bisexualidad es condenada a nivel de los comportamientos reconocidos como normales y sólo realizada sumando los trasfondos que pasan a decidir desde el inconsciente.

³⁴ La singularidad viene dada, y no sólo pertenece a las emergencias de lo humano. Definida habitualmente como “lo único e irrepitable” se ilustra en cada resultante, cualquiera ella fuere. Sólo que la singularidad de las modalidades de lo humano resulta coartada abruptamente por las alternativas del modelo de conjunto que aspira a someterla y a ajustarla a sus propias urgencias reproductivas. Ilustración de lo formal, progresivamente reducida y coartada, desde su creciente acumulación, la singularidad pasa

Lo homoerótico impone ver las cosas incluyendo los más elevados niveles de sublimación sexual -incluso allí donde la primariedad de las descargas resultan derivadas, si no definitivamente ausentes- mientras que lo homosexual escueto nivela por lo bajo, generaliza y uniforma.

Desgraciadamente fue desde ese énfasis a partir de donde Freud terminó ubicando tales asuntos de manera estrecha e insuficiente.

QUINCE. La Ley en lo social se ha desarticulado con tantos cambios y emergencias de complejas problemáticas, oscila caprichosamente, extremando el rigor represivo cuando no se encuentran salidas reales, o flexionando los recursos en los casos que dejan de incluir de manera directamente incremento de la vulnerabilidad del modelo de conjunto.

Sin esos reconocimientos, el tema -cualquiera fuese- resulta incapturable. No se debe dejar de reconocer que emergencias imprevistas pueden cambiar de plano las maneras de ver, de aceptar, o de cuestionar determinados comportamientos (dígase la presencia del Sida, que pasa a alterar no sólo las claves de lo homosexual, también la infidelidad y las condiciones que deciden a la paternidad, entre otras).

Sin duda alguna, el hecho de que la reproducción pueda darse por fuera de las condiciones excluyentes que impone lo natural altera las versiones, las licencias, y las prohibiciones que hacen referencias a la intimidad de los comportamientos eróticos. Y si alguna vez se pudiera reproducir la vida de manera directamente tecnológica, resulta impredecible hasta donde se incluirían esenciales modificaciones también.

De todos modos lo máquico-erótico cambia el mapa de las interpretaciones a propósito de lo sexual e impone revisiones urgentes allí donde Freud incluyera sus mayores cuestionamientos y sus desciframientos mas contundentes. Y es verdad de a puño que si Freud estuviera, sería el primero en reconocerlo y en emprender semejante tarea.

5. QUINTO TEXTO

A PROPÓSITO DEL SUICIDIO

5.1 “La mansa”

a marcar desde la Fuerza, y mutada por ello del lado de lo singular termina estallando o implosionando (entre otras cosas favoreciendo de ese modo las opciones de expresión suya a partir de lo terrorista).

UNO. “La mansa” es un curioso relato generado por Dostoyevski al interior de sus “Diarios Íntimos”. ¿Resulta por eso diferente de obras como “Crimen y castigo” o “Los hermanos Karamazov”, abiertamente producidas para ser publicadas?

Como fuere, escritura diversa, inicialmente parecería dada como reposición directa de sucesos realmente acaecidos y no como oferta donde prima la ficción (Sin embargo Dostoyevski de entrada previene anunciando en un decisivo subtítulo, que se trata de una “novela fantástica”).

Tampoco él se asume como directo responsable del texto, al permitir ser desplazado por el personaje del Prestamista quien de entrada afirma que el escrito le pertenece de punta a punta. Y ello, que pudiera ser mero recurso convencional de estilo, de modo progresivo termina derivando decisivo.

Se trata en efecto de su versión, y ella dista mucho de ser en todo caso fidedigna (al menos a nivel de la interpretación de los hechos, que deja por fuera versiones tanto más decisivas).

DOS. Sin duda, la relación allí entre persona y personaje impone reconocimientos de otro corte, distintos a los habituales donde apenas se reconoce como regido todo desde los presupuestos de verosimilitud exigidos por Aristóteles cuando reflexionara a propósito de la tragedia griega.³⁵

Más allá aún de todo ello -si bien se ve- “La Mansa” tiene como asunto principal (antes que una persona, un personaje, o una estrecha fusión inextricable entre una y otro, lo cual de hecho tampoco falta allí) un *acontecimiento* sobre el cual gira la realidad de la trama: el suicidio.

La corta pero intensa novela gira sobre esa rueda desde un comienzo y desemboca en esa encrucijada cerrando un círculo definitorio e irremontable. Sin embargo no podría decirse por ello que se trata de algo meramente reiterativo. La reclusión que así se arma lo torna todo en algo tanto más irreparable en cambio y no resulta siendo por ello menos escalofriante el desenlace que no recurre por supuesto a la sorpresa para justificarse.

Simplemente no importa que un suicidio sea real o ficticio, de todos modos su efecto trágico puede resultar extremo y contundente, independientemente de la realidad empírica que lo sostiene y consolida como irreparable, o bien a partir de la ilusa condición artística que pudieran de un lado u otro determinarlo sin necesidad de disimular en ningún momento su condición imaginaria.

TRES. Si bien no resulta descuidado el tratamiento que se da a los implicados en el asunto (por el contrario, como es habitual en sus escritos, Dostoyevski es fino y hondo como pocos en la demarcación e ilustración de los asuntos a los cuales da pié la relación entre dos seres humanos) el texto en mención ilustra allí por sobre todo *situaciones*, y son éstas las únicas que permiten explicar el desenvolvimiento y desenlace argumental.

³⁵ Cf. Aristóteles. “Poética”, OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1973.

Los personajes por ello, después de reconocerse el acontecimiento suicida que los cruza con similar intensidad definitoria (así a su vez tajantemente los separe y diferencie), parecen piezas de una tramoya que lo guiara todo desde una sobre-determinación que decide de modo inapelable a cada quien, y de la cual ellos -quienes sobre todo fueren a partir de allí- no cuentan con alternativas reales de explicación, carecen de noción mínima con respecto a su emergencia, y no portan control alguno frente a su posible direccionamiento (así al tiempo estén de continuo ilusionándose con estar resolviendo de forma redonda e intencional sus propios asuntos).

Esta cobertura que enceguece y dirige como con hilos invisibles, no es propiamente un destino (al menos a la manera como lo suponían los antiguos griegos quienes asignaban esos manejos a la gestión directa de los dioses). Aquí se trata en cambio de una modalidad impersonal -para nada intencional- que desde la mera resultante impone su contundente dominio, doblegando y orientando tanto a colectivos como a particulares despliegues, y decidiendo -sin autor visible- a la misma maquinaria de conjunto a partir de una enigmática e innegable capacidad suya que sostiene su permanente reposición.

Ese poder no es algo propio, autónomo. Surge del acumulado de singularidades constreñidas, sometidas, obligadas a encarnar desde su reinterpretación constante y que decide a las piezas que ensamblan a la máquina y que es por ello que -de un modo u otro- permiten y sostienen su consolidación perpetua. Suerte de motor que gira sobre sí mismo, un poco como se imaginara Aristóteles a Dios (sólo que sin necesidad de sumar tal presencia, en cambio para el griego supuestamente indispensable).

CUATRO. La Mansa *resulta* siempre. Ella en efecto nunca va dándose, conducida por su propio proyecto o por sus personales consignas (no que le falten, pero ellas son siempre tan inconsecuentes que no arman cadena). Ella simplemente se va encontrando con alternativas, las cuales hasta terminan decidiéndole su trágico desenlace. Sólo que sin excesos ni exposiciones de recursos heroicos o cosa semejante. De manera casi fría, aunque inevitable. En cambio, resultará impedida para dar paso a directas ejecutorias (cuando se trata de acontecimientos que nunca se realizan, es cuando de algún modo la Mansa consigue tomar decisiones, siempre bloqueadas, detenidas, en cuanto atentados ejercidos: matar al esposo, serle infiel, en fin, poderse decidir desde el remontamiento de una definitoria des-aplicación, si se le pudiera apelar así a no poderse decidir).

Sólo el suicidio le es posible a la Mansa, como si resultara ser la única verdadera determinación -paradójicamente la más extrema y escalofriante- que le fuera dado realizar. Y sin embargo entonces no cuenta más que con una ciega decisión, pues -de ser ello posible, luego de su suicidio- no podría dar cuenta mínima de causales y determinaciones que la llevaran a tan radical ejecución).

CINCO. Y el hombre que la acogiera (y que supuestamente le librara del yugo de ese entorno donde ella creciera luego de la muerte de sus padres, desde

entonces condenada a ser mal-querida y despreciada) él, de su parte, termina tanto más decidido por las veleidades de ese caprichoso proceder que termina sometiéndolo y reduciéndolo a las más radical impotencia.

Si más allá de ser piezas de ese engranaje inevitable, y si de todos modos se quisiera reconocer -especialmente en la Mansa, que es quien aquí más interesa- algún trasfondo humano (que habría de tenerlo, cómo ¿si no?) sería el de la eterna víctima condenada de modo inapelable a sucumbir. Ello debido por supuesto a la urgencia de venganza de todo cuanto -desde ese duelo congelado- le condena a una vida de todas formas insufrible. Se diría que la niña que fuera no permite que logre hacerse mujer dado que el paso le resultó siendo, tajante, insoportablemente traumático.

Ser víctima hasta de sí misma pareciera ser en efecto la única alternativa para un ser así (lastimosamente hiper-abundante en el armado de lo social donde los seres humanos resultan con mayor frecuencia “humillados y ofendidos”: quizá habrá de ser por ello que la Mansa, más allá de “haceres” literarios, resulta tan real y tan paradigmática).

SEIS. No es propiamente una singularidad en ejercicio la que da paso al desenlace trágico dado que estuvo cancelada desde siempre. Entonces, decidida la singularidad desde esa tajante, radical negación, lo singular, lo terrorista-implosivo, y la reclusión irremontable, no parecen -en este específico caso- demandar más que un solo concepto, así la resultante porte tres caras que le dan sólido volumen y que lo animen por encima de toda restricción (la Mansa al menos los encarna por igual).

Coartada desde siempre, esa singularidad -trocada progresivamente en fuerza salvaje y desbordada (hibris, dirían los antiguos griegos)- termina enloquecida, obligando a la Mansa a una rebelión ciega y arbitraria, que no podrá conducir más que a la auto-extinción por la ruta de lo singular, lo implosivo-terrorista y lo des-reclusivo, quizá la más lesiva imprevisible, inapelable, y auto-destructiva, de sus modalidades.

De hecho, explosión auto-referida (por ende implosión incontenible) el compañero de “la Mansa” sólo podrá reconocerlo todo como intransigente e inexplicable reclamo, siempre absurdamente dirigido hacia él: demanda imposible de ser mínimamente satisfecha, que le refuta y le deja a merced de los caprichos de la insufrible jovencita.

SIETE. Pues bien: el suicidio que ilustra Dostoyevski no puede ser el mismo que decide las cosas en el registro de lo psicoanalítico, donde la clave mórbida resulta inapelable guía para su localización diagnóstica y su desciframiento, ligado indispensablemente a una estructura psico-patógena (melancolía o depresión).

Y no que para Dostoyevski resulte imprevista esta condición. Es que sabe que todo va mucho más lejos de intercambios personales o de adherencias nostálgicas a remotos pasados. Se olvidan entonces -por perpetuarse allí- claves que dan al suicidio un lugar más significativo y determinante y no

apenas efecto marginal y dependiente, mera consecuencia de algo más contundente, principal y definitorio.

El suicidio es algo tan decisivo y contundente que exige se le reconozca en la redondez insuperable de su realización, acontecimiento puro que da el mismo lugar a vengador y a víctima, que escapa a toda punición externa posible, que deja en la impotencia a quienes le enfrentan, y que riega sus consecuencias demoledoras en aquellos que sin decidirlo lo padecen.

OCHO. Quizá será por ello que el suicidio deja también sin piso cualquier empeño terapéutico, salvo en el caso en que por cualquier razón no se ejecute. Pero entonces ello -si bien se lo ve- resulta paradójico y en realidad doblemente cuestionante pues es como si el suicida se *sucediera* para su sorpresa y se viera obligado a echar sobre sus hombros las consecuencias de un acto que en realidad le resulta imposible asimilar: alternativa salvaje de aplicación que no la consigue suceder otra -cualquiera fuese- que la reduzca y readecúe.

El suicidio ejecutado -y ¿qué suicidio no lo es?- resulta ser la refutación de toda externa justicia, independiente de que fuera ésta, divina o humana. Y no sólo es un crimen que, tal cual fuera señalado líneas atrás, por supuesto no se puede castigar de manera directa, ni apenas evitar que se desborde sin mayores demarcaciones hacia otros, ni que se desparramen sus consecuencias sin hallar detención visible, reconocible, ni demarcaciones legales, factibles a partir del apuntalamiento de límites precisos y definidos.

Es por todo ello que el suicidio es la modalidad más paradigmática del terrorismo.

NUEVE. Resulta ser en efecto el suicidio la modalidad más definida de terrorismo, la más liberadoramente destructiva y la más inmanejable. Casi que es dado decir, si se sostuviera este criterio inadmisibles pero irrefutables, que el suicidio recupera la singularidad más enajenada y silenciada con un solo gesto, apabullante, indetenible, único (singularidad que por sólo ello evidencia hasta dónde es definitoria y enigmática antes que reposición de gratuitas y obsequiosas propiedades de algo o de alguien, que es como generalmente se la cree).

Y sí el suicidio es lo singular más contundente, de modo simultáneo acto implosivo por auto-referido (sumando a ello la liberación de toda reclusión, de otro modo irreparable), en la medida en que refuta cualquier otro posible empeño de salida, al tiempo delata que ésta podría resultar siendo algo posible en cuanto se asumiera el riesgo de desaparecer en el intento.

Terrorista y creador, el suicidio repone la única aplicación posible que conduzca en realidad a una resultante inobjetablemente liberadora. El resto es -con más, con menos- esclavitud y/o sometimiento. Y como no se trata de armar con ello apología ni cosa semejante habrá de decirse a su vez que el suicidio es retrato también de lo más sintomático, utópico e inútil, de cuanto

anuncia la realización de lo imposible en la medida en que tajantemente la interrumpe.

DIEZ. Como de hecho se trata de situaciones -y no de manejos individuales, intencionales y heroicos- al suicida sólo puede vérselo como encarnada consecuencia de un acto inapropiable, que así y todo, sin embargo procede de su hacer. Siendo -como se afirmara- víctima de sí mismo, el suicida reúne en un único asunto aquello que pareciera de otro modo inevitablemente escindido entre un decisivo victimario y una indefensa víctima. Ello sólo, obliga a reconocer que -si bien se lo observa- el terrorismo no es apenas estallido cobarde y clandestino, siempre ejecutado en un definitorio afuera incapturable que el terrorismo en primer lugar nace desde adentro (así después se masifique y se condene a la multiplicidad de incontables, de indetenibles ejecutorias, incluso externas).

ONCE. Podrá ser que no se sostenga por mucho tiempo esta tesis intimista, que lo terrorista repugne de esta procedencia que invierte las versiones más asiduas y que -en consecuencia- se lo prefiera reconocer más ajustado a tantas más evidentes irrupciones suyas, así se trate de explosividades generadas desde una determinada oposición (la cual diera a lo humano la opción de lanzar tercios y ciegos gritos liberadores desde lo más hondo de su constricción, de modo principal empírica y ajena).

Pero cuando *el terrorismo* delata diferencias con *lo terrorista*, con *el tono terrorista*, y con *el terror* mismo, resulta factible reconocer -precisamente desde esa decisiva pluralidad expresiva- la contundencia de aspiraciones, en cualquier caso siempre tiránicas.

Sobre todo, esa pluralidad obliga a suponer jerarquías nocionales donde el terror comanda y decide al resto como sus inevitables consecuencias.

Y ¿qué es el terror si no eso que de modo indispensable -para ser reconocido- *encarna*?

Antes que humano (pues le sobrepasa y está más cerca de las verdades de la vida, así no cubra -para mayor enigma- todas sus emergencias) el terror decide, tanto más desde que se le excluye.

DOCE. En ese orden de ideas, si se lee “La Mansa” a partir de ese decisivo acento se podrá entender mejor cuanto en definitiva allí acaece.

Como tal, el texto de Dostoyevski ilustra ya la presencia de esos registros de terror, y si Freud desde el despliegue de sus desciframientos no los reconoció (o al menos no les dio el peso decisivo que les asigna Dostoyevski) no fue precisamente porque no estuvieran en realidad presentes ya en la sociedad donde él debió moverse. La sólo persecutoria estatal que le impusiera desplazarse de su habitual lugar, por más tardío que ello hubiese resultado ser, no tuvo suficiente impacto sobre su teoría, así resultara más que inocultable como efecto tajante sobre su persona, sobre su familia, y sobre el aún joven movimiento psicoanalítico.

El lente que permitiera ver lo más oculto de la mente humana, taponaba al tiempo lo francamente obvio e inocultable. Simplemente desandar el recorrido al final de la vida resultaba más arduo que pasar sencillamente de largo.

TRECE. Es Spengler el autor que alguna vez distinguiera entre Cultura y Civilización. La primera, creadora e indetenible en el inagotable entusiasmo de su despliegue. La segunda, apuntalada y progresivamente amodorrada en el disfrute de todo cuanto el heroísmo de la primera generara sin restricción ni avaricia, y de lo cual ahora “civilizadamente” se goza sin mayores compensaciones ni reconocimientos.

Nada excluye pensar que ese razonamiento no sea factible a otros niveles (de manera particular, al Psicoanálisis le retrataría bastante bien una distinción de corte similar).

Y así muchos asuntos actuales no quepan en la óptica de la propuesta inaugural freudiana (y lamentablemente los más decisivos se incluyen allí en primerísimo lugar, dígase la impronta envolvente e inobjetable tanto de lo tecnológico como de lo terrorista), podría resultar siendo menos engorroso asumir la contundencia de las marcas de lo reconocido como registro tecnológico.

CATORCE. Como fuere, dejando un poco al margen el deslumbramiento de lo tecnológico que ya ha sido ubicado (Cf. escritos del autor sobre lo máquico), y limitándose a plantear -para concluir- que el terrorismo, más sombrío, sólo se redondea cuando se enfrenta a las expectativas -no menos coartantes y hegemónicas- de eso tecnológico envolvente (aunque para ello se deba invertir el orden de las prelación que daba al terror indiscutible prelación).

En efecto, en ese combate de fuerzas, el terrorismo pareciera someter todas esas señaladas modalidades (tono terrorista, terrorismo estatal, terrorismo explosivo y/o implosivo, incluso el terror propiamente dicho) y ponerlas de su parte, lo cual conduce a una escisión definitoria de cuya ambivalencia se ha aprovechado el inconteniblemente triunfante desborde defensivo que decide las cosas desde que la masificación uniformante reforzara tanto más el recurso de cuanto fusiona lo normal a lo doble-forclusivo (Cf., principalmente Otero, J. “Psicosis escrita y psicosis recluida”, en Biblioteca Digital. U. Nal. Bogotá, Colombia).

QUINCE. Pero -si se observa bien- el terrorismo es ya y por sobre todo aplicación pura.

Podrá ser aplicativo salvaje o cuanto se quisiera, pero cuando de la aplicación se trata siempre existe algo precediendo y decidiendo las modalidades de ese incontenible, desbordante hacer.

Es allí donde resulta clara, no apenas la compensatoria y sintomática razón de ser de tanta desmesura aplicativa, de hecho la certeza que reconoce la noción de terror como anterior a toda posible tecnologización y a todo uso organizado

del caos terrorista, pues -si todo se detuviera- sería el vacío que subyace al terror, el abismo que indefectiblemente se ilustraría.

O sea que es el terror cuanto debiera ser re-localizado, si es que se quiere retomar lo humano y dar la vuelta a su enajenante inversión en la Obra. Sólo después de ello se podría dar cuenta del resto de asuntos -terrorismo incluido, por supuesto- de modo explicativo (desaplicativamente apuntando al desbloqueo de lo reclusivo que es cuanto le garantiza de forma indiscutible su lugar).

6. A MANERA DE CONCLUSIÓN

6.1 La tarea imposible

UNO. Convendría resaltar al cerrar, cuanto pudiera haber sido posible emplear como punto de partida es algo que acontece en este escrito, “aquí y ahora” como se acostumbra decir.

Se trata de un curioso asunto que terminó haciendo carrera, sostenido sólo, incluso por fuera de la obra de conjunto.

En efecto, Freud -del modo más tajante- aludió en su momento a tres tareas imposibles (curar, gobernar y enseñar). Lacan le siguió en eso, y retomó el tema, casi sin distancia debido a un inocultable entusiasmo que entonces le guiara en tal sentido (entusiasmo sólo posible por hallar sin saberlo el hilo que diera principio a la madeja, por más enmarañada que ella estuviese).

Extrañamente la tarea imposible no parece incidir a nivel de lo aplicativo. En realidad, la imposibilidad resta por fuera de cuanto no es más que empeño sostenido de generar *haciendo* cuanto resulta -tanto más aún- inevitable, es cierto. Pero el impedimento califica al redondeamiento descifrativo de la tarea.

DOS. En ese automatismo incontenible que es toda aplicación -sobre todo si se realiza sin parámetros de autoapropiación simultánea que diera sentido y coherencia al empeño desde donde ella encarna- torna posible reconocer (vista su incidencia desde la más plena cobertura) la ceguera y la desmesura del despliegue tecnológico con inseparables sombras terroristas, las cuales por sí solas desengañan de la contundencia de todo supuesto progreso reconocible allí.

En efecto: si algo caracteriza al modelo humano-social-urbano contemporáneo es esa condición donde el hacer supe al ser, y todo se termina armando alrededor de la prelación de la obra humana (Obra).

Modorra e indiferencia en la captación de ello por parte de cada quien - confundidas en cambio muchas veces con desenvolvimiento armónico- el envolvente y uniformante síntoma se refuerza tanto más con ello (antes que permitir reconocer como algo diverso a indefensible vanidad cualquier posible cuestionamiento que pudiera permitir tomar distancia y captar mínimamente la dramática realidad que así se impone).

TRES. ¿Dónde va entonces lo imposible, y qué sigue dándole sentido en medio de semejante inocultable contradicción?

La tarea imposible -se insiste en ello- es a nivel de los desciframientos, alimenta incluso -por encima de obstáculos e impedimentos- la pertinaz urgencia de actuar más allá de los irremontables límites y de los perpetuados fracasos que deciden definitorias restricciones humano-cognitivas.

Es esa condición definitoria cuanto se impone como imposibilidad fundante. La opción de no chocar con impedimentos insalvables -los cuales dan un tope inevitable a cualquier pesquisa, a cualquier reflexión- demanda la prudencia de reconocer a tiempo la realidad de esas fronteras, dejando opción apenas de progreso en cuanto -a pulso- se gane en la expansión de tales restrictivas limitantes.

Se diría que precisamente por ello, en algún momento el Psicoanálisis debía pagar por pretender llegar más lejos de donde antes nunca se alcanzara, forzando los linderos e inflamando los límites.

CUATRO. Lo cierto es que nunca el Psicoanálisis se debió detener ni coartar sus vuelos con una constricción como la que la restricción de la mirada clínica le impusiera. En tanto desconectada de esa definitoria derivación modal, a partir de una Estética -ella sí abarcante e indetenible- se hubiera impuesto avanzar en pos de desciframientos que ahora faltan y que dejan a ciegas frente a circunstancias extremas y urgidas de explicación (antes que del automatismo de un accionar compensatorio y sin norte).

Los mundos que emergieron en referencia con esas exploraciones -se dirá que no sólo por causa de Freud y del Psicoanálisis, pero nadie podrá negar como decisivas tales presencias allí- no hicieron cosa distinta que ayudar a hacer saltar la clave más basal de lo secreto irreductible. Emergencia entendida precisamente como imposibilidad definitoria,³⁶ y que obligó al despliegue compensatorio de la incrementada y masiva defensa.

CINCO. Modalidad de defensa doble-forclusiva, en primer lugar reconocible -al menos a nivel de la apelada normalidad- como disparada aplicabilidad, como hacer imperioso y forzoso, el cual rige por ello en la totalidad de los despliegues de lo contemporáneo. Desbordante y delirante ejecutar entonces, sin brújula ni mínima previsión a futuro, el cual -paradójicamente- en la medida en que su inubicable devenir y en razón de esa marca hiper-defensiva invierte

³⁶ No de otro modo podría ser reconocida la verdad misma del inconsciente.

las certezas simulando coherencia en cuanto no es más que creciente control y sometimiento, tanto internos como externos.

Como fuere, el Psicoanálisis perdió la vanguardia que alguna vez sin discusión tuviera, naufragó, inmerso en las implicaciones de sus propios aportes, perdiendo sus puntas vigorosas, y sometiéndose progresivamente al lamentable domesticamiento que ahora le caracteriza. Su retrato actual delata esa inflamada condición, que repone el mismo impedimento sintomático de aquel que en un comienzo pretendió reducir y curar. Es por ello que resulta triste su apabullante éxito, dirigido en dirección opuesta a la singularidad definitoria de sus primeras emergencias y de sus más contundentes aportes.

SEIS. ¿Mas, qué? ¿Basta apenas con la fácil clave según la cual, manteniendo constante el referente metodológico y reconociendo que es a nivel de lo nocional que todo cambia y se agota como todo podría re-encauzarse y recuperar la ruta correcta?

Más que la constancia en una metodología ganada de entrada es cuestión de saber reconocer las señales que aporta aquello que aún no se ha conseguido reducir y fue eso cuanto decidió las estrategias freudianas y las diferenció tajantemente de los acostumbrados modelos imperantes. Los recursos metodológicos habrán de modificarse necesariamente, pero es desde allí que parte la opción de ampliar la franja que conduzca a consecuentes reubicaciones y redefiniciones conceptuales, e incluso a redemarcaciones de las precedentes construcciones interpretativas. Y así se trate de nociones tan sólidas y fijas como puede ser por decir algo el inconsciente, también allí se imponen necesarias ampliaciones si no se desea que acontezca lo mismo que se impuso a los dioses de la antigüedad: alejarse sin remedio del lado de un silenciamiento indescifrable.

SIETE. Pues bien: el abordaje transdisciplinar, en puga con la asimilación academicista, abre las puertas post-freudianas y se impone desde entonces una suerte de reflexión extra-disciplinar que tome como primer referente la teorización del terror.

Abordaje que habrá de ser guiado por el prioritario registro de lo estético (antes de las versiones habituales de lo clínico, de lo moralista o lo pedagogizante). Terrorista-creador, en cambio de subordinado, convencional y especializado. Rigurosamente descifrativo, antes de mera modalidad empírico-aplicativa. Sin aspiraciones utópicas de envolvente redención. Más bien marginal, desencantado, apuntando fundamentalmente a la promoción de lo excepcional, que repugna de lo uniformante-masificante. Donde la singularidad consiga de algún modo rehacerse.

En fin, sería ésa la forma de intentar recuperar un hilo conductor de aspiración descifrativa que de tiempo atrás se despistara lamentablemente.

7. CODA

UNO. No se sabe hasta dónde el corte innegable que existe entre los desaciertos freudianos y las tergiversaciones y desatenciones de sus sucesores -intermediados además por los aportes decisivos de Lacan, de cuyas reacomodaciones es más seguro se sientan directamente dependiendo- se han hecho de modo suficiente claros y precisos, en el punto en el cual desemboca esta reflexión.

Ni siquiera parece plenamente definida -como que no se ha hecho más que demarcarla, sin ahondar de modo suficiente en las múltiples implicaciones y consecuencias que a partir de allí se derivan- la línea que recurre a explicaciones intencionales para dar cuenta de esos déficits, o la franja en cambio donde se reconocen razones más amplias y globales, en las nuevas delimitaciones que inciden en el conjunto de las resultantes (donde el tema del Psicoanálisis se incluye apenas como un eslabón más en la consolidación de una larga y abigarrada cadena de decisivas mutaciones).

DOS. Bien visto todo, el error estaría en atribuir a las personas -o al conjunto de ellas- la responsabilidad de diversas derivaciones y alteraciones, fueren ellas cuales fuesen. Pero sí es cierto que los errores encarnan y que las personas son las primeras en retratarlo, no lo es menos, que si algo perpetúa la restricción de la mirada clínica -la cual no tendría por que resultar siendo necesariamente así- es la adherencia suya a los condicionamientos que imponen pensarla como la sumatoria de particulares aplicaciones sobre individuos específicos.

La noción de persona -que el Psicoanálisis asume sin explicitaciones mayores, pero que no acoge como noción expresamente suya- es sin embargo la clave principal que permite reconocer el peso de la Obra sobre cada quien, sin que cada quien se percate de ello.

¿Qué se quiere decir con ello?

La persona es la resultante humana, ante todo reconocida como modalidad redonda (por ello supuestamente autónoma) y en cuanto tal resulta obligada a asumirse como intencional a nivel de todas sus expresiones, manifestaciones, y comportamientos.

TRES. Ello -antes que asunto del Psicoanálisis- es realidad asumida desde lo social, y a partir de registros que lo representan y apuntalan de modos más directos e inmediatos: lo jurídico, lo estatal, lo ideológico en general. Sin embargo, el concepto se amarra a ensamblajes primeramente psicológicos -y hasta teatrales (persona: máscara)- y la verdad es que al Psicoanálisis le interesaron siempre otras nociones diferentes ("yo", "sujeto", etc.) Cabría incluso asegurarse, que la versión psicoanalítica mantiene implícitas distancias decisivas frente a cuanto implica el ejercicio de tal concepto. No obstante lo cual, en la Clínica es de hecho la persona la que demarca la territorialidad

donde todos quienes allí se incluyen gustan reconocerse (incluidos también, además de los terapeutas, los propios pacientes, ni qué decirlo).

El tema del contrato al cual el paciente se compromete con su analista comporta obligaciones y beneficios pecuniarios que necesariamente inciden y deciden en más de un sentido (sin embargo a esas cuestiones expresamente se prefiere mantenerlas silenciadas, o tan sólo se las reconoce en referencia con implicaciones referidas al proceso terapéutico mismo).

CUATRO. Ahora bien: la persona es hacedura desde lo social, y define la forma como cada ser humano se entronca y asimila al colectivo y a los imperativos de lo social y de lo urbano.

Cuando el paciente llega al consultorio demandando atención terapéutica, de antemano la persona viene ya dada en él (y no resulta ser menos cierto esto en referencia con el terapeuta).

Muchas convenciones, no necesariamente atribuible de manera directa a la investigación del inconsciente, se deben respetar -así sea a nivel latente o de manera implícita- para que el proceso marche y arme continuidad. Y como a todo ello no se le teoriza ni se les incluye de modo preciso y permanente, termina por resultar decidiendo más allá de cuanto es conveniente. Determinan en mucho sin duda, cuanto ha terminado siendo resultado de aquello que quiso ser en principio, asunto francamente diverso.

El mismo proceso, reconocido directamente como una realidad que se decide en la intimidad que arman dos seres (sin trascender de allí, al menos socialmente) desconoce cuanto se da al lado -como involucra institucional, por ejemplo- y compromete muchos devenires y despliegues, que de un modo u otro se incluyen también, así el directo implicado -que paga por eso- lo desconozca, resulte ajeno a sus determinaciones, o simplemente esta últimas le resulten inocuas.

CINCO. La involucra del Psicoanálisis -visto desde la globalidad de su actual condición- afecta, se quiere decir, de modo decisivo las modalidades de su implementación (así el paciente ni siquiera sepa distinguir entre un psicólogo comportamental, un humanista, un psiquiatra, o un psicoanalista, más que a partir de opiniones escasamente rigurosas y certeras).

Ahora bien: el mero trato “periférico” entre personas comporta siempre estas imprecisiones y lagunas, aún a sabiendas de que las personas en cuanto tales asumen todo ello sin discusión.

Como en cualquier otra transacción o intercambio posibles al interior de lo social, las meras connotaciones del inevitable acuerdo pecuniario incluyen la lógica del capitalismo, con tanta mayor incidencia en la medida de la habitual y radical desprevención que acompaña a semejantes contratos.

La neutralidad, noción que se antepuso para suponerse al margen de todo ello, no resulta suficiente para garantizar una supuesta des-inclusión, la cual sólo llega hasta el punto donde el dinero se da y se recibe. Una vez eso se efectúa

y consolida, la marca modal del ejercicio mercantil decide y determina hasta el punto de eficacia que hace hoy por hoy del Psicoanálisis, una inocultable “multinacional” del mercado.

SEIS. Se dirá que no se escapa a esta sobredeterminación, y que nada se puede -si se es realista- oponer a ella pues tarde o temprano la fortaleza de su condición vence cualquier empeño, por decidido y radical que fuese.

Como no se trata de buscar la clave aplicativa que permitiese remontar semejante destino, cabe al menos reconocer que un asunto es aceptarlo todo sumisamente y otro muy distinto tomar distancia y replantear las cosas, sin otra pretensión que la dilucidación teórica de semejantes derivaciones (que es cuanto se ha venido intentando realizar a nivel de estos señalamientos).

¿Qué se oferta entonces una vez demarcada esa territorialidad y qué se puede -así fuese teóricamente- aportar a partir de allí, que justifique mínimamente a cuanto de otro modo sería apenas demolición impertinente e indefensible?

Digamos que se ha logrado re-entrever esa condición de lo humano que la Obra desarticula de modo progresivo, dejándole en un punto de impotencia progresivamente irremontable.

SIETE. Así se renunciara a cuanto por irreversible ya no resulta justificable retomar ¿qué resta de lo estrictamente humano, que habiendo dejado de reclamar, permite a la Obra un accionar sin atenuantes (siendo que la Obra se alimenta de ello y que si se le detuviera la detendría a su vez)?

Se trata de una franja que a pesar de delgada resulta irremontable. En los escritos sobre la recuperación estética de lo clínico que se han venido adelantando de tiempo atrás y de los cuales este preciso texto resulta ser el último eslabón, se ha resalta siempre una noción decisiva, cada vez más prioritaria y definitoria en tal sentido.

Consiste en la *singularidad*.

Se ha dicho, que si bien inauguralmente la singularidad comanda y reina en las emergencias de las diversas modalidades de lo existente, a nivel de lo humano pronto se ve reducida, marginada, sometida, domesticada y asimilada por la envolvente labor engullidora que lo social y la obra humana (Obra)³⁷ imponen para reproducirse.

Pero la singularidad, reinterpretada de la más radical de las maneras, o bien se muta del lado de su estallido (dando paso al despliegue salvaje o contenido de esporádicas explosiones o de tercas y sostenidas implosividades) o se perpetúa en su mudez, camuflada en silenciosos devenires, que aún

³⁷ Como constatación de lo secreto que rige en el fondo y enigmáticamente sostiene el despliegue de las resultantes, también la perpetuación de esos modelos matriciales se impone de hecho, así la demostración de esas constancias resulte inalcanzable (es allí donde la tarea teórico-descifrante resulta, más tarde o más temprano, del orden de lo imposible).

pareciendo ajenos, tienen su propia independencia e incidencia (caso del inconsciente, que -entre otras expresiones posibles- los sueños ilustran).

Sobre todo la singularidad retorna y se explicita con toda contundencia al final de las existencias, cuando no resta más que el aislamiento definitivo que comporta la cercanía inapelable de la muerte y que aísla tajantemente a cada quién del rebaño (este último, siempre perpetuado en cambio desde la hiper-defensividad aglutinante del registro doble-forclusivo).

OCHO. La persona -debe decírselo- no nace siéndolo. La emergencia primera del neonato se da como *modalidad del mundo*, que ni siquiera alcanza a reconocerse humana. Es la paulatina guía y sobre-demarcación familiar y social cuanto va generando dos territorialidades cada vez más distantes, contrapuestas, e independientes entre sí, las cuales sin embargo coexisten y se expresan marginándose una de la otra de modo alterno (e incluso de forma simultánea, aunque sin resolverse plenamente en uno por ello).

En efecto, pueden existir -como lo señalara Freud- los lapsus, las fantasías, los comportamientos de masa, etc. (a su vez -al despertar de los sueños- un hilo conductor admite la presencia del recuerdo de éstos). La persona no es la misma a uno u otro nivel, su mutación continua no impone sin embargo un corte decisivo e inocultable, manejos diversos dan paso de una parte desde el sueño hasta la vigilia y -de modo inverso- acaece, cuando se retorna del mundo diurno y se cae en el abismo donde es dado lo onírico.

La persona, cuando sueña, se hace escenario para el despliegue de sus personajes, y su marginalidad la rebela apenas, en su reposición figural, desdoblada como permanencia obstinada y terca, aunque impedida para decidirse. Es entonces cuando la persona podrá ser también un personaje más, observador inserto -en segunda instancia- en el linderó del despliegue formal que allí se escenifica.

NUEVE. Cuando la representación onírico-figural se esfuma, sin necesariamente despertar la persona por ello, es cuando ésta vuelve a olvidarse definitivamente de sí y naufraga en un espacio-temporalidad sin límites ni opciones de mínima auto-aprehensión. Entonces se dice que falta la conciencia y que es lo inconsciente cuanto reina sin apelación alguna.

Al despertar, de todos modos la conciencia retorna y la persona se ilusiona con una continuidad y una unidad de sí -a la cual se le apela "el Yo"- que es bastante acomodaticia e insostenible (a pesar de todo cuanto se imponga para que ello, de forma indispensable, se perpetúe así).

Sólo el soporte externo desde lo social permite terminar convenciéndose de que es ella, la persona, realidad última y primera que decide y demarca el indiscutible despliegue de lo psíquico.

DIEZ, La persona es pues -se insiste en ello- hacedura desde lo social, suplemento sobre la dimensión más basal donde el despliegue de la

singularidad -y de las modalidades del mundo que cada quien nunca deja de encarnar- subtienden siempre.

A pesar de todo, esa condición suplementaria invertirá las prelações y aquella clave inaugural y en principio dominante terminará siendo relegada, sometida por el poder del modelo colectivo donde será la Obra cuanto impere.

Freud partió -al menos cuando del Psicoanálisis propiamente dicho se trató- del reconocimiento de los sueños y de la forma como ello alteraba la concepción de lo psíquico, pero ignoró las claves que decidían las modalidades de esos vigílicos registros, los cuales terminaban imponiéndose como tanto más decisivos y daban a la conciencia y al yo la contundencia necesaria que permitía hacer creer en eso, que sin ser cierto en sí, decidiera la envolvente realidad por todos acogida. Según ella, el encadenamiento de eslabones discontinuos en una sucesión, asumida como unidad creciente y definitiva, decidía las demarcaciones de la persona, la cual -para ser- debía marginar buena parte de su real condición (y hasta terminar considerándola ajena, extraña de sí).

ONCE. Pues bien, ante todo ello la oferta psicoanalítica no generó distancia alguna y pasó de largo, tal cual acontece normalmente con el resto de realidades que lo social decide. Sobre ese soporte contradictorio se consolidó la ampliación de la franja que el Psicoanálisis re-demarcó, y todos sus aportes tanto como sus limitaciones tienen que ver con ello.

Sin olvidar que un asunto es el desciframiento teórico que así se impuso y otro muy distinto las alternativas de su aplicabilidad, que desde entonces hasta ahora se han venido implementando e incrementando.

Es esa la razón por la cual pueden darse distancias reconocibles y francamente demarcadas entre Freud y sus seguidores, y al tiempo acercamientos, también indiscutibles cuando en cambio de la teorización se trata de las asunciones clínicas.

Y aún deberá sumarse a ello, que es cuando Freud resulta ser más transdisciplinar -que de hecho lo fue en más de una ocasión, así entonces no lo supiera o no lo explicitara mínimamente- cuando tales distancias se intensifican. Mientras que si el modelo torna especializado y disciplinar, pareciera más factible armar ensamble y unificar la territorialidad, que también entonces decide al modelo en su conjunto.

DOCE. Por decir algo, cuando Freud antepone la noción de *Malestar* al abordaje de la *Cultura* consigue algo más que consolidar un mero ejercicio disciplinar (e incluso inter-disciplinar) apuntala una territorialidad nueva allí donde, al tiempo con la versión psicoanalítica, discurrió y discurre la oferta antropológica, decidiéndose entonces su oferta como expresamente trans-disciplinar (o sea, remontando toda disciplinariedad).³⁸

³⁸ Lo trans-disciplinar atraviesa las modalidades de disciplinariedad, académicamente sostenidas y afianzadas. No sólo reúne lo transdisciplinar una incomparable manera de abordar los asuntos -donde lo

Y es que Freud está teorizando una Clínica, desde la cual no se deriva de modo necesario una consecuente aplicación terapéutica. Ni siquiera se concibe una tal derivación pragmática como posible, ni es esa la razón que dé sentido a semejante manera de reflexionar. Por el contrario, habría de ser lo clínico-terapéutico justificado a partir de una involucencia de ese corte y sólo desde allí cabría dar sentido y pertinencia a cualquier accionar derivado de allí. Mas ¿sucede acaso ello cuando se aborda a quienes llegan hasta el consultorio de los psicoanalistas? Incluso ¿les importa a esos seres sobrepasados por sus fantasmas reconocerse más allá de sus particulares padecimientos?

TRECE. Cuando Lacan reflexiona el tema del goce a partir de la honda impresión que le impusiera en su viaje a Roma el encuentro con la Santa Teresa de Vernini, no está pensando en paciente alguno ni su lugar entonces es el de un miembro más al interior de la comunidad terapéutica psicoanalítica (aún fuere la de su indiscutible comandante en ese momento)³⁹ nunca es Lacan más transdisciplinar, debe reconocerse. En cambio, cuando Lacan (así incluya el Lenguaje y el diálogo con la Lingüística) va más allá del propio Psicoanálisis, el asunto torna tan sinuoso que admite reconocer acaso allí empeños inter-disciplinares tanto como ejercicios de aplicación teórica que terminan dando paso a fracturas irremontables, en referencia con la formulación freudiana (sin que se asuman siempre tales implicaciones, de forma implícita más bien decidiendo la cuestión como zanjada).

Dígase, la demarcación del Otro y la redefinición a partir de allí del lugar del inconsciente, asumido desde entonces como su discurso).

CATORCE. Ese Otro es una suerte de Dios loco que discurre su delirio, si bien por la freudiana ruta del inconsciente por todos los humanos compartida, decidiéndola como *discurso* antes que como *lugar* irreductible, tal cual lo pretendiera Freud.

Sutileza que determina que ya no se trate de la misma noción pues no sólo todo ha sido tajantemente reinscrito si no que esa operación ya no demanda demostración alguna dado que se sostiene -a pesar de todo- como renovada versión, real suplemento, montado sobre una oferta, previamente peleada con todo rigor y ganado su sitio con toda contundencia.⁴⁰

artístico, lo científico y lo filosófico se ensamblan en progresiva confluencia-, pasa de largo por ahí, y se enfrenta cara a cara con lo secreto, buscando remontar y ampliar los límites de sus intrépidos despliegues. Esa modalidad del conocer -sin reducirse por ello, una y otra noción, al imperio de la otra dimensión que le completa y reafirma- coincide con cuanto se apelara aquí terrorismo creador.

³⁹ Y esa comandancia la da su manera de desplegar nueva teorización, qué duda cabe.

⁴⁰ Si se dijese que con el Otro, Lacan busca redimir al Psicoanálisis de las graves implicaciones que comporta la recuperación freudiana de claves míticas nucleares, las cuales desde el primordial, supuesto asesinato del Padre, intenta ahora suturar el impedimento del origen con una ficción indemostrable, que sin embargo arma realidad, completando y dando sentido a cuanto, de otro modo, naufragaría en lo insoluble.

Envolviendo en cambio al conjunto de las resultantes humanas y consolidando de ese modo -no una reposición religiosa- más bien esa suerte de Proto-Fantasma (el Otro) -disuelto luego en tres registros según se trata de las versiones que propician lo Real, lo Imaginario y/o de lo Simbólico- incluso se permite explicar, desde el ingreso en la Cultura a través del Lenguaje, pasos al acto, sublimaciones de lo agresivo, y hasta las definitivas creencias en dioses y derivados, las cuales nunca hubieron de faltar en

Desde entonces, cuanto fuese dimensión basal del orden de la creencia y de la locura misma -antes de retrato que copia y refleja doblemente la forclusión psicótica (colectiva defensa doble-forclusiva)- torna en mórbido asunto, justificado por un tenaz y refinado reapuntamiento de una imprecisa divinidad, que si bien no se auto-demarca en cuanto tal de modo explícito, sí decide desde un discurrir, tan directo como arbitrario e irracional. Mera palabra donde se hace cierto que “en el principio hubo de ser el Verbo”.

QUINCE. Es por ello que se recupera y perpetúa eso religioso, sólo que incluyéndolo como reapropiación de la humana creencia en relación con la reapropiación de ese Primer Motor indiscutido, del principio reasegurado, el cual -así discurra su baba delirante desde la encarnación en cada quien- de hecho se auto-justifica y convalida, no retirándose como lo hicieron los dioses de la Antigua Grecia, en cambio reafirmandose desde su más plena autosuficiencia y urgencia de afincamiento, y hallando así un reempotramiento más que seguro, ajeno a la implementación de toda duda.

Cuanto fuera estético devenir de lo secreto -indemarcable e incapturable- se rinde a las aspiraciones racionalistas de un cientifismo compensatorio, inalcanzable, topológico, que se da la mano -sin mostrarse- con la credulidad de siempre.

Entonces lo social perdona y acoge, incluyendo el modelo -que ahora le repone sin restricciones- dentro de sus dominios más reconocidos.

Eso es el fruto de un inevitable academicismo, entregado al modelo imperante desde la más erudita y sofisticada implementación.

DIECISEIS. Independientemente de su validez, el movimiento que funda en el Otro los asuntos humanos más basales, no resulta siendo entonces precisamente trans-disciplinar, por más que dé la apariencia de fusión lingüístico-psicoanalítica. Más bien, su implementación resulta indispensable para el domesticamiento de una tajante construcción, inicialmente decidida desde el escándalo de una formulación teórica, tan incómoda como refutante. Y a ese nivel, dado el desierto teórico al cual se da lugar ahora, debidamente maquillada ha resultado tan metamorfoseada, que ya no se sabe si sigue siendo idéntica en el fondo o si resulta apenas su máscara y su disfraz sin cuerpo real que le soporte.

La prueba de todo ello es que las consecuencias no se dejaron esperar: los clínicos que heredan a Lacan -antes que a Freud- arman cofradía, apenas

las urgencias de las personas y de los pueblos, independientemente de épocas, procedencias y de geografías.

De ser así, habría que reconocer entonces que a Lacan le faltó un texto decisivo, donde dejara en su sitio al tema, que desde una noción abstracta remontaría toda personalización divinizante con pretensión de armar sutura donde torna irrecuperable cualquier opción de génesis: lo estructural remontaría así las pretensiones historicistas, ingenuamente empiristas, de una operación inadmisibile.

Si Dios es Verbo que funda al resto, dejar pendiente -por intangible que ella fuese- la realidad de esa ausencia -que no admite otra cosa diversa al recurso de la defensa y del suplemento, cualquiera éste fuese-, lanza de bruce en pos de su reposición, antes que decidir su radical remontamiento.

estimulados por un confuso y cierto aliento misional, suficiente para desplegar el inapelable tono de sus adherencias. Por sobre todo, los seguidores de Lacan callan y otorgan, su alianza arma institución y jerarquiza los lugares, se obstinan en repetir la misma letanía, cuando no a enmarañar con sus hilos los telares que demarcan y encierran los más variados asuntos, sin dar paso a ningún desarrollo significativo claramente reconocible.

Pero es -se insiste en ello- a nivel de lo aplicativo donde los herederos de los aportes psicoanalíticos logran -más que decir- hacer lo suyo, y es -ahora se habrá de ver ello más claro- en cuanto el Psicoanálisis insiste en proponerse como mero ejercicio terapéutico, especializado e incompañable, que ellos encuentran un lugar y justifican un accionar. Y si bien las ofertas de Freud y de Lacan no se bastaban con ello, dieron -cada cual a su modo- posibilidad de que todo terminara siendo irremediabilmente así.

El resto lo armó el capitalismo.

Valga.

BIBLIOGRAFIA BÁSICA

- ARISTÓTELES. "Poética". OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1973.
- AULAUGNIER, P. y otros. "La femineidad". En: "El deseo y la perversión". Sudamericana, Ed. Buenos Aires, 1968.
- BATAILLE, G. "El erotismo". Tusquets, Ed. España. 2007 (1957).
- BERGUA, J. B. "Mitología Universal". Ediciones Ibéricas. Madrid, 1960.
- CANGUILHEM, G. "¿Qué es la Psicología" (Traducción Nora Rosenfeld). Fotocopias Internet.
- DOSTOYEVSKI, F. "La Mansa". En: LOS CLÁSICOS. Dostoievski y Tolstoy. NOVELAS Y CUENTOS. W. M. Jackson, Inc., México, 1973.
- FREUD, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.
- LACAN, J. "Escritos". Siglo XXI, Ed. México, 1975.
- MARX, C. "El Capital". F. C. E., Ed. México, 1966.
- MILLOT, C. "Ex-sexo. Ensayo sobre transexualismo". Paradiso, Ed. Buenos Aires, 1984.
- OTERO, J. "Aristóteles y Van Gogh. ¿Una pareja imposible?". Biblioteca Digital. U. Nal. Colombia. Bogotá.
- "Lo máquico, o de lo psiquismo como artefacto". Biblioteca Digital. U. Nal. Colombia. Bogotá.
- "María" en la transferencia". Gobernación del Valle del Cauca, Ed. Cali, 1996.
- "Psicosis escrita y psicosis recluida". Biblioteca Digital. U. Nal. Colombia, Bogotá.
- "El gato negro: análisis de un símbolo. Revista "Cuadernos Colombianos" #1. Oveja Negra, Ed. Bogotá, 1974.

“Plutón: análisis de un nombre”. Revista “Cuadernos Colombianos” #5.

Oveja Negra, Ed. Bogotá, 1975.

“Alcoholismo y femineidad”. Revista #1. Sección de Investigaciones Psicológicas. U. de Antioquia. Medellín, 1976.

“Psiquis y Polis”. Biblioteca Digital. U. Nal. Colombia. Bogotá.

POE, E. A. “Narraciones Completas”. Aguilar, Ed. Madrid, 1964.

SPENGLER, O. “La decadencia en Occidente”. Colección Austral, Ed. Madrid, 2002.

VERNANT, J-P. “El universo, los dioses, los hombres. Relato de los mitos griegos”. Anagrama, Ed. Barcelona, 2000.